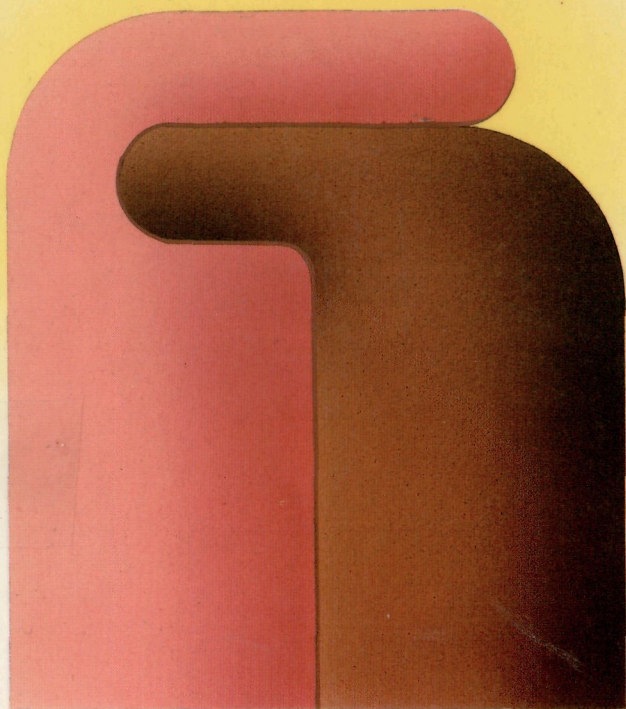


LA AMISTAD DE DIOS

El Cristianismo como amistad

Segundo Galilea



SEGUNDO GALILEA

LA AMISTAD DE DIOS
El cristianismo como amistad

EDICIONES PAULINAS

Prefacio

Este ensayo es el resultado de una experiencia personal.

Siempre fui sensible a la amistad; tuve y tengo muchos amigos y amigas, que no siempre he podido cultivar, dada la naturaleza de mi trabajo misionero. Tal vez eso mismo ha aumentado mi sensibilidad por el tema.

En los santos que me han atraído desde mi juventud, busqué siempre su vida de amistad. Pensaba que una amistad tan grande con Jesús llevaría a grandes amistades humanas; y, efectivamente, encontré que era así. Entre los modernos cultivé a Carlos de Foucauld, sobre todo por esa razón; más adelante recuperé a Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, a los que nunca había entendido realmente durante mi formación, y me di cuenta que las escuelas de espiritualidad moderna, incluido Foucauld, eran discípulas de ellos. En santa Teresa, especialmente, encontré una santa rica en amistad, a la que podía hacer mi amiga, y cuya vida giró toda ella en torno a su relación de amistad con la humanidad de Jesús. No hace mucho tiempo, una

amiga teresiana me hizo notar cómo la oración de santa Teresa se basaba en esa misma amistad, y que su itinerario contemplativo era una historia de amistad con Dios.

Por ese camino llegué a la convicción de que si Teresa puede ser interpretada en clave de amistad, entonces todo el cristianismo puede ser interpretado en esa perspectiva. Así se desprende tanto de la teología mística que yo conocía como de mi propia experiencia personal.

El significado pastoral de esta intuición me pareció igualmente muy útil. Uno siempre tiene problemas para presentar la sustancia del cristianismo a los pobres y sencillos. El desafío para un pastor no es sólo cómo hacer llegar al corazón de la gente la fe de la Iglesia y la teología, sino también la mística cristiana. No es cosa fácil. Se tiene entonces la tentación de reservar la mística para los cultos, y de entregar a los pobres sólo los temas de la liberación y la justicia. La mística de la amistad me pareció un buen camino para traducir la espiritualidad en términos comprensibles para todos.

Ultimamente, en los retiros en que he sido invitado a predicar, decidí articular los temas fundamentales de la espiritualidad cristiana en torno a la amistad. Las personas participantes me ayudaron a corregir y enriquecer ciertas ideas y a afinar otras, hasta lograr una síntesis mejor. Muchos de ellos me animaron a escribir los temas de esos retiros.

Este ensayo es el resultado de haber aceptado

la idea. Quisiera dedicarlo a muchos de mis amigos y amigas, nuevos y antiguos, cercanos o lejanos, sobre todo a cuantos me han ayudado a hacer de la amistad de Jesucristo el centro de mi vida.

La amistad como símbolo del amor de Dios

Dios es un misterio. Es un misterio para nosotros, que vivimos en la penumbra de la condición humana. En sí mismo, es luz y pura claridad (Jn 1,8).

Dios es un misterio para nosotros porque sabemos que existe, pero no sabemos cómo es. “De Dios sabemos más lo que no es que lo que es”, enseña santo Tomás. Dios ha tenido entonces que revelarse a nosotros, mostrándonos algo de lo que es; la revelación del misterio de Dios a nosotros es Jesucristo. Jesucristo es Dios accesible a nosotros; en su humanidad y en su enseñanza nos muestra cómo es Dios, haciéndonos aceptar su misterio por la parte de luz que vemos en él.

Jesús nos ha revelado que Dios es amor. Eso sí lo sabemos de Dios; y es decisivo para que nosotros lo amemos e imitemos. El amor es lo más real de Dios, en sí mismo y en su relación con nosotros.

Pero que Dios sea amor no significa que deje

de ser, para nosotros, un misterio. Su mismo amor nos resulta misterioso, pues no siempre sabemos descifrarlo en el correr de la vida. Esta nos parece a veces arbitraria, absurda, injusta; y el amor de Dios, aunque sabemos que está ahí, se nos escapa, como se nos escapa la verdad que se esconde en el misterio. Por eso Dios nos reveló su amor en Jesús de una forma indubitable: compartió con nosotros las miserias de la vida, asumiéndolas de tal manera que dejaron de ser un absurdo y se trocaron para quienes lo siguen en fuente de esperanza.

Lo humano nos encamina a lo divino

Los teólogos nos dicen que lo que Dios nos ha revelado de sí mismo lo entendemos por analogía con las cosas y experiencias humanas. Así, una experiencia intensa de felicidad nos ayuda a entrever la felicidad en la vida eterna; la superación de servidumbres humanas nos ayuda a entender la liberación total que Cristo trajo al hombre. Particularmente, el misterio del amor de Dios hacia nosotros lo vislumbramos a través de la experiencia del amor humano. En la fe de la Iglesia, “lo visible nos lleva al conocimiento de lo Invisible” (prefacio de navidad).

No es que el amor de Dios sea como el amor humano. Lo supera más allá de todo lo imaginable, aun en las formas más profundas, intensas y fieles de amor entre dos seres. San Pablo pedía para los cristianos “ser capaces de com-

prender, con todos los creyentes, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad: en una palabra, que conozcáis el amor de Cristo, que supera todo conocimiento” (Ef 3,18-19). El amor que Dios nos tiene permanece siempre un misterio, aunque accesible a través de la experiencia humana del amor.

La analogía es lógica. San Juan nos recuerda que “el amor viene de Dios” (1 Jn 4,7); y siendo esto así, hay siempre amor de Dios en todo auténtico amor humano. Este se hace revelación de Dios, capaz de simbolizar su amor y de conducirnos a su fuente.

El símbolo de la amistad

Jesús vino para hacernos comprender el amor que Dios nos tiene. La forma en que él amó es el camino privilegiado para comprenderlo. La manera en que explicó ese amor nos ofrece las mejores comparaciones y símbolos humanos para penetrar el misterio del amor que viene de Dios.

Es verdad que ya el Antiguo Testamento nos explica el amor de Dios por los símbolos del amor humano. Lo compara con el amor materno (Jeremías), con la amistad (Abrahán), con el desposorio (Cantar de los Cantares), con el noviazgo (Isaías).

Jesús, por su parte, en su práctica del amor y en los símbolos con que lo quiere hacer comprender, va a privilegiar el amor de amistad.

Así, dice a sus discípulos: “Os llamo amigos... Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por el amigo...” (Jn 15,12-16). Para Jesús, el “mayor amor” es el amor de amistad.

¿Pudo haber elegido otro símbolo igualmente significativo, como el desposorio o el amor maternal? Quizá; aunque, una vez más, la analogía de los amores humanos nos ayuda a comprender la elección de Jesús. Por una parte, la experiencia humana nos enseña que la amistad debe ser un componente necesario de todas las demás formas de amor, si éstas han de perdurar. El noviazgo y desposorio, sin amistad, duran lo que dura el enamoramiento, que, aunque en sí es más intenso y total que la amistad, no tiene su persistencia y estabilidad. Matrimonios sin amistad, amor de padres, hijos o hermanos sin amistad, se van debilitando con el tiempo y las pruebas de la vida.

Al no estar impulsado por la pasión o por la relación de sangre, la amistad expresa mejor la libertad del amor, necesaria para que éste llegue a su madurez. La fidelidad en cualquier amor se hace madura cuando es libre, y esta libertad se da en la medida en que ese amor se ha integrado con la amistad.

La amistad es la única experiencia universal del amor, la que todos pueden tener; y por eso, como símbolo, es significativo para todos. Las personas célibes nunca experimentarán el amor paternal o maternal; los huérfanos nunca experimentaron el amor filial; los hijos únicos no conocen el amor fraterno; muchos hombres y

mujeres, por vocación o circunstancia, no han experimentado ni el noviazgo ni el matrimonio (Cristo mismo no los experimentó). En cambio, cualquier persona puede experimentar la amistad, como Jesús mismo la experimentó. La vocación al amor de amistad es universal, igual que lo es el amor que Dios ofrece en Jesús.

Los rasgos reveladores de la amistad

Podemos penetrar el misterio de Dios y de su amor en una medida limitada, pero suficiente, apoyándonos en el símbolo de la amistad.

Hay una analogía entre la naturaleza y los rasgos de la amistad humana y el amor que Cristo nos ofrece. A partir de ella podemos acercarnos al misterio del amor de Dios; como a partir de éste podemos entender mejor el misterio de la amistad humana.

La amistad supone una elección mutua. Los amigos se eligen libremente; no se imponen. Así sucede también con la relación entre Cristo y nosotros. El nos eligió como sus amigos, libremente, desde siempre. “No me elegisteis vosotros a mí, sino yo a vosotros” (Jn 15,16). Pero nosotros debemos igualmente elegirlo a él, como amigo personal, para toda la vida. El cristiano es el que hace una opción consciente por Jesús como amigo, con todas sus consecuencias. Aun más. En esta mutua elección, Dios siempre toma la iniciativa (“no me elegisteis vosotros..., sino yo a vosotros”). El nos amó primero, nos

buscó, nos atrajo a él —a través de las circunstancias de nuestra vida— hasta llevarnos a descubrirlo y elegirlo. En este proceso, Dios no se impone. Nos deja libres para aceptar o no su amistad.

La elección de amistad es gratuita. No hay ningún compromiso previo —ni de sangre, ni de promesa, ni de asociación, ni ningún otro— que obligue a ella. No hay ninguna circunstancia que la imponga, ni el trabajo común ni los ideales compartidos; ninguna. Asimismo, el amor de Dios se nos ofrece en amistad sin condiciones previas, sin mérito alguno de nuestra parte. Dios nos quiere como sus amigos tal cual somos, con nuestros fallos y pecados, y para siempre.

El surgimiento de la amistad tiene mucho de misterioso. Cada amistad es un misterio. ¿Por qué se produjo con esta persona y no con otra? ¿Por qué la profunda empatía, que no puede explicarse sólo por afinidades y cercanía humana, que no siempre se dan? Este misterio de la amistad nos sugiere el misterio del amor de Dios a cada uno de nosotros. ¿Por qué Dios ofrece su amistad a cada hombre?... ¿Por qué “necesita” la amistad de cada hombre en particular?...

Cada amistad humana tiene una historia. Corresponde a un proceso de crisis, de alejamientos, de tensiones, de reconciliaciones... A través de ese proceso, la amistad se va purificando y madurando. Durante él, la amistad requiere también la determinación de superar amenazas

constantes: el deterioro, el extrañamiento, las exigencias desmesuradas, las decepciones... En esto también la amistad humana es un símbolo de la relación de amistad de Dios con cada uno de nosotros. Esta tiene una historia, que es la historia de nuestra vida. Por el lado de Dios, el proceso de la amistad se va realizando desde el don que nos hace de la vida y del Espíritu, pasando por la cadena de gracias por las que nos conduce. Gozosamente o en el desconcierto del misterio o de la cruz, Dios va desarrollando o revelando el amor que nos tiene, hasta la felicidad inextinguible de la vida futura. Por el lado nuestro, este proceso de amistad es coherente con nuestra condición humana y frágil: una historia de fidelidades e infidelidades, de aceptación y rechazo del amor, de quiebras, retrocesos y reconciliaciones. De alejamiento y reconversiones...

Cicerón, en su célebre escrito *Sobre la amistad (De amicitia)*, afirma ya, desde la ética pagana, que la verdadera amistad requiere personas virtuosas. Sinceridad, lealtad, confianza, fidelidad, delicadeza, grandeza para perdonar, etcétera. Así lo confirma la experiencia humana. Y está igualmente en consonancia con las exigencias puestas por el evangelio en nuestra relación con Dios. Las “virtudes cristianas” no son otra cosa que la manera como permanecemos y crecemos en la amistad con Dios.

La amistad crea una mutua influencia, y de alguna manera los amigos se van compenetrando y asemejando en muchas cosas. Así, la amis-

tad con Jesús nos asemeja e identifica con él. El ideal humano es vivir y actuar como Cristo, que es la humanidad plena. Para ello debemos conocernos a nosotros mismos, trabajar en superar defectos y adquirir virtudes y valores cristianos. Pero, sin descuidar esto, es mejor camino de santidad conocer y amar a Jesús, realizando la amistad con él. Este camino de amistad, progresivamente y casi sin darnos cuenta, nos va asemejando al Señor, y con ello al ideal del hombre.

Una característica de la amistad es que cada amigo es único. Podemos tener muchos amigos verdaderos, y la experiencia nos dice que la relación con cada uno de ellos es especial; parece que fuera el único amigo. En la amistad no hay rivalidad o celos entre amigos comunes (salvo cuando la amistad deja de ser sana), y el hecho de aumentar los amigos no disminuye la intensidad de las amistades anteriores. Lo especial y único de cada amistad no disminuye con su número. Esto nos ayuda a entender nuestra relación con Dios. Por una parte, Dios quiere a cada ser humano como si éste fuera la única persona sobre la tierra. Los millones de seres que existieron, existen y existirán no disminuyen en nada la intensidad y la peculiaridad de la relación de Dios con cada uno de nosotros. Cada persona concentra todo su amor. Por otra parte, al relacionarnos con Dios en la amistad lo hacemos como si Dios sólo existiera para nosotros, y no nos sentimos rivales o celosos de los demás. Podemos decir “mi Dios”, al igual

que “nuestro Dios”. Como san Pablo, podemos afirmar: “Cristo me amó y se entregó por mí”; y, como él mismo lo afirma en otro lugar: “Nos amó y se entregó por nosotros”.

La amistad tiene un valor en sí. La relación con el amigo es en sí misma enriquecedora y liberadora, y su utilidad o productividad no interesan en primer lugar. Se está con el amigo por estar, se le quiere porque se le quiere. Se ayuda o se sacrifica uno por el amigo por pura amistad, sin buscar intereses ni esperar que el otro “devuelva” algo o haga lo mismo con nosotros. La realización de la amistad encuentra la felicidad en sí misma y crece por sí misma. El que pone amistad, saca más amistad. De la misma manera, la amistad con Dios, la experiencia de Dios, vale por sí misma. Es en sí humanizante, liberadora, santificadora. Amamos a Dios porque es Dios; y no debemos reducir su amistad a resultados, a beneficios, ni siquiera a cambios morales. Podemos ser amigos de Dios; esta amistad puede dar sentido a toda nuestra vida y ser fuente inextinguible de alegría, paz y felicidad.

La amistad en la vida de Jesús

El misterio del amor de Dios se nos revela en la amistad. Este símbolo se hace pleno en la humanidad de Cristo. La amistad que practicó Jesús nos enseña tanto el ideal de la amistad humana como el modo de amar a Dios.

El primer valor fundamental de la personalidad de Jesús es su comunión con el Padre, su total identificación con él. El amor de Jesús al Padre es la clave, el “secreto” para entender los demás valores de su vida y la fidelidad y amor que puso en ella. Y, seguidamente, su amistad fraterna, que ofreció a todos, es otro valor esencial en la vida y enseñanza de Jesús. Este hombre de Dios ha sido también llamado “el hombre para los demás”. En él estaba “la plenitud del amor y de la fidelidad” (que constituye la amistad); “por Cristo Jesús llegó el amor y la fidelidad” (Jn 1,15-17).

Como siempre, los evangelios son el mejor testimonio para estudiar la amistad en la vida de Jesús. Él amó a todos con misericordia y

mantuvo una relación de amistad con todas las personas que encontró. A lo menos potencialmente, con su actitud, Jesús ofreció su amistad a todos. Trató a cada persona como única y especial, ignorando todos los prejuicios culturales que excluían de la amistad de un Maestro judío a ciertas categorías de personas. Jesús se portó como un amigo con la samaritana del pozo de Jacob, con la mujer adúltera, con los ciegos y leprosos, con los militares romanos que se le acercaron, con los anfitriones de las bodas de Caná y, sobre todo, con sus seguidores y discípulos, de los que ni a Judas excluyó, sino que lo trató como amigo hasta el último momento (“Amigo, haz lo que vienes a hacer”, Mt 26,50).

La parábola del buen pastor (Jn 10,11-16) es la parábola de Jesús-amigo. En ella se dan los rasgos más fuertes de la amistad: el conocimiento y comprensión mutua (“yo conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí”), por lo que Jesús se relaciona con cada uno como único, y en su “pastoreo” se adapta a él; la imitación e identificación a que lleva la amistad (“yo voy delante de mis ovejas..., ellas me siguen”), por lo que Jesús va asemejando a sus discípulos a él en el modo de actuar y de vivir; la fidelidad y lealtad hasta entregar la vida por el amigo (“el buen pastor da su vida por sus ovejas”), que Jesús vivió hasta el sacrificio de la cruz, en espera de que nosotros igualmente nos sacrifiquemos por él, entregando lo que en nuestra vida se opone a su evangelio.

Jesús no podía ser amigo, en el sentido fuerte

de la palabra, de todos sus seguidores y discípulos. El vivió en la condición humana y en ella practicó la amistad, que requiere oportunidades y condiciones que sólo se dan de hecho con algunas personas. Jesús, como todo hombre normal, trabó una amistad fuerte sólo con algunos de sus discípulos. Los evangelios nos dicen que era particularmente amigo del apóstol Juan (“el discípulo a quien Jesús quería”), de Lázaro (sobre cuya tumba Jesús lloró), de sus hermanas Marta y María, de José de Arimatea, el dirigente judío que se hizo cargo del cadáver de Jesús y le proveyó de una sepultura digna, etc.

En su perfección humana, el Hijo de Dios no sólo se daba en amistad, también necesitaba amistad. Es uno de los rasgos impresionantes de la personalidad de Jesús. Ha servido de fundamento para la espiritualidad cristiana; está en la experiencia de los santos: Cristo nos busca, Cristo nos espera. Cristo necesita de nuestro amor y amistad.

Esto forma parte del misterio del amor de Dios. Está sugerido por los evangelios, así como por el hecho de la soledad de Jesús, que es un componente, en todo ser humano, de la necesidad de amistad. Jesús buscó en los momentos críticos el apoyo y la amistad de sus discípulos. Cuando se prepara a la agonía de su pasión en el huerto de Getsemaní, se hace acompañar por sus apóstoles más amigos, y les pide que lo conforten orando por él. Cuando los discípulos se duermen, Jesús, desde su soledad, les reprocha que no hayan podido mostrar su amistad en

ese momento difícil, rezando una hora con él (Mt 26,40).

En la crisis de Cafarnaún, cuando anuncia a las gentes la eucaristía, la vida eterna y el valor de la fe, muchos no lo aceptan y se alejan de él, decepcionados en su mesianismo terreno. Igual sucede con muchos discípulos. En ese momento de soledad y aparente fracaso, Jesús busca el apoyo y la amistad de los apóstoles: “¿También vosotros queréis dejarme?” Estas palabras, más que un desafío, son una petición de que ellos le confirmen la lealtad de su amistad. Y Pedro respondió bien en nombre de los demás: “Señor, ¿a quién iríamos...?” (Jn 6,67).

Al propio Pedro, después de la resurrección, Jesús lo confirmará en su oficio de cabeza de la Iglesia (“Apacienta mis ovejas”). Para ello, le interesa por encima de todo que Pedro le asegure una vez más, después de las negaciones de la noche de la pasión, su amistad especial (“Pedro, ¿me amas más que éstos?”) (Jn 21,15).

Con el joven rico (Mc 10,21), Jesús sufrió la decepción de una amistad abortada. Dice el evangelista que, al interesarse el joven en seguir a Jesús y al mostrar su buena disposición en cumplir la ley de Dios, el Señor se encariñó con él. Y le ofreció una amistad especial (“vende lo que tienes, da el dinero a los pobres y sígueme”). Porque tenía muchos bienes, el joven no tuvo valor para aceptar ese grado de amistad, y se alejó triste. Y seguramente Jesús se quedó aun más triste, frustrado en su amistad.

Paradójicamente, el Dios encarnado, tan sen-

sible a la amistad y tan necesitado de ella, se mostró totalmente libre en sus relaciones humanas. No se absorbió en nadie, no se dejó acaparar por nadie, no se impuso a nadie y dejó a todos en libertad. Jesús, el hombre para los demás, el paradigma de la amistad, es también el modelo del hombre auténticamente libre.

Su llamada a la amistad

La llamada de Jesús a sus discípulos —que es igualmente nuestra vocación cristiana— es una llamada a la amistad. Con dos características: primero, Jesús toma la iniciativa; él quiere hacerse nuestro amigo y seducirnos con su amistad (“Yo os elegí a vosotros”). Segundo, su llamada a la amistad es progresiva, se va renovando más y más intensamente durante el transcurso de su relación con los apóstoles, lo cual es igualmente un símbolo de nuestra propia vida cristiana, donde la amistad con Dios se hace progresivamente exigente.

El inicio de la relación de amistad entre Jesús y los apóstoles fue un encuentro íntimo y prolongado, que marcó a los apóstoles y los predispuso a hacerse más adelante seguidores de Cristo. Lo relata san Juan al comienzo de su evangelio (1,38-39). El Bautista les presenta a Jesús, y ellos quieren conocerlo mejor. “Maestro, ¿dónde habitas?... Venid y lo veréis”. Y pasan toda la tarde con él. La experiencia fue inolvidable, como el comienzo de una historia de amistad. Muchos años más tarde, el evange-

lista aún recordaba la hora de aquel encuentro: “Eran las cuatro de la tarde”.

Más adelante, a estos “amigos-simpatizantes” Jesús los invita a trabajar con él y para él; los hará discípulos, y el trabajo común será un paso más en el proceso de la amistad. El relato lo hace san Lucas (5,1ss): después de haberlos guiado a una pesca milagrosa (“hemos trabajado toda la noche sin pescar nada, pero confiados en tu palabra echaremos las redes”), Jesús les llama “a pescar hombres”. Y los futuros apóstoles dejan muchas cosas para seguirlo; la amistad se hace más exigente y profunda cuando se hacen los primeros sacrificios por Cristo.

La elección de los discípulos como apóstoles es la llamada decisiva a la amistad (Mc 3,13-14). Jesús los llamó “para que estuvieran con él” (el cultivo de la amistad como primera condición) “y para que anunciaran con él el reino de Dios” (el apostolado como inseparable de la amistad). Estos dos rasgos de la relación con Jesús van a aparecer en el diálogo de Jesús con Pedro, a la orilla del lago, después de la resurrección (Jn 21,15ss). Este diálogo es una llamada a reiterar la fidelidad de una amistad y de un apostolado que se habían deteriorado en los acontecimientos de la pasión: “Pedro ¿me amas más que éstos?” (como si preguntara: ¿eres mi amigo especial?)... “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. Y a esta reiteración de la amistad sigue la reiteración del apostolado: “Entonces apacienta mis ovejas”.

Las llamadas de Jesús a la amistad son las

del que desde siempre se presentó y actuó como amigo: “Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros como yo os he amado”... (sed amigos como yo soy vuestro amigo). “No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos”... (daos unos a otros, como yo daré mi vida por vosotros) (Jn 15,12-13). “Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe lo que hace su señor. Os he llamado amigos, porque os manifesté todo lo que oí de mi Padre” (Jn 15,14-15). “A vosotros se os ha dado conocer los misterios del reino de Dios” (Mt 13,11).

Si para Cristo el “mayor amor” y mayor bien del hombre es su amistad, el mayor mal es que el hombre destruya esta amistad. La destrucción de la amistad con Dios es lo que la Biblia llama “pecado”. En las palabras del mismo Jesús: “El que ama... (a otros)... más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10,37). “El que se avergüenza de mí y de mis palabras (el que se avergüenza de mi amistad), yo me avergonzaré de él” (no lo reconoceré como mi amigo) (Mt 10,33). “El que observa mis mandamientos... permanece en mi amistad” (Jn 15,9).

A más fidelidad en esta amistad, más crecemos en ella; como en el amor humano, poner amistad saca amistad. Jesús nos da más amistad si somos fieles a la que ya nos ha dado, según la parábola de los talentos (Mt 25,14ss) y la del administrador: al que se mostró digno de confianza en lo pequeño, se le confiarán cosas mayores (Lc 16,10ss).

La espiritualidad como amistad con Jesús

Preguntémonos por lo que es lo más radical de la espiritualidad cristiana; o lo que es lo mismo, por lo más original de la experiencia cristiana. Ello equivale a preguntarnos qué es lo que Cristo nos trajo como novedad salvadora, lo que está en la raíz de su mensaje evangélico. Podemos respondernos, legítimamente, que la novedad cristiana es una nueva y liberadora relación con Dios y con los demás.

La experiencia cristiana no es creer en Dios, sino relacionarnos con Dios como amigo. Dios ya no es una idea, o un ser distante, o un creador y juez, sino que es un amigo que nos llama a la amistad sin límites. Jesús nos reveló que Dios es padre y amigo, y ambos símbolos se completan, pues el padre es significativo si es amigo, y el mejor amigo de un hijo debería ser el padre. La experiencia cristiana de Dios es la experiencia del amor de amistad, en el sentido más fuerte de la palabra.

Seguidamente, la novedad de Jesús es que

“los otros” ya no son seres indiferentes o distantes. No son personas que se las pueda usar, de las que se deba abusar y tampoco ignorar, explotar u odiar. A causa de la paternidad amistosa de un Dios universal, “los otros” están llamados a ser mis hermanos y hermanas. La segunda experiencia cristiana fundamental es la fraternidad universal.

La espiritualidad es básicamente crecer en la amistad con Jesús y en la fraternidad con los demás. No en la “amistad” con los demás, pues no podemos ni estamos llamados a ser amigos de todos aquellos con los que nos relacionamos. La amistad es un don, una gracia, que supone condiciones naturales y oportunidad. No podemos ser amigos de todos, pero sí podemos tratar a todos fraternalmente; y esta fraternidad, de suyo amistosa (la fraternidad es ya un principio de amistad), en muchos casos hará surgir amistades. Seamos fraternos, y tendremos amigos. Sin fraternidad no hay amistades auténticas.

De Jesús a la Trinidad

Que la espiritualidad cristiana se concentre en la amistad con Jesús es coherente con otra afirmación central del cristianismo: que el hombre está llamado a la amistad con Dios, que es Trinidad; a relacionarse con el amor del Padre, del Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo.

El Padre es la fuente de la vida y del amor; nos amó primero con amor de amistad, y nos

destinó a la plenitud de la amistad en el reino de los cielos. El Padre es el destino final de nuestra amistad. Pero ¿cómo ser amigos del Padre, al que no vemos y que “habita en una luz inaccesible”? (Jn 1,16). ¿Cómo relacionarnos, en nuestra condición humana, con el misterio de Dios?

En Jesucristo, Dios viene a nosotros para hacernos accesible y comprensible esta amistad. En su humanidad se nos ofrece la amistad del Hijo; y donde está el Hijo está el Padre. Quien ve a Jesús ve al Padre, y quien se relaciona con su humanidad se relaciona también con el Padre (Jn 14,9ss).

Jesús es hombre como nosotros. Experimentó toda nuestra condición menos el pecado, nos comprende a nosotros y nosotros a él. Podemos ser realmente sus amigos, y esta amistad puede dar sentido a toda nuestra vida. Esta fue la experiencia de los apóstoles. Desde el comienzo, su relación dominante con Cristo era la amistad. Aun antes de descubrir que era Dios, estos discípulos lo aceptaban enteramente, lo seguían con confianza y estaban dispuestos a dar la vida por él. Esta amistad los llevó al conocimiento de la divinidad de Jesús y al descubrimiento del amor de Dios Padre.

Este es también el camino de nuestra experiencia cristiana. Con una diferencia importante, que constituye aparentemente un obstáculo insalvable: nosotros nunca hemos visto a Jesús. Lo reconocemos en la fe. Pero ¿es esto suficiente para crear con él una amistad que englobe

toda la vida? ¿Cómo ser amigo de alguien que es para nosotros invisible? ¿Cómo seguir, imitar, estar dispuesto a renunciar a todo, por amistad de alguien a quien nunca hemos visto? Y, sin embargo, la experiencia nos dice que esto puede realizarse, y que, a través de la historia, miles de hombres lo han realizado en grado heroico. ¿Cómo es posible este “milagro moral”?

Es posible por el Espíritu Santo, Dios como el Padre y el Hijo. Los teólogos enseñan que el Espíritu Santo es la relación de amor en la Trinidad, y que esta relación es una persona. El Espíritu es el amor —la amistad— personificado. Habitaba en plenitud la humanidad de Jesús, creando la relación de su identidad con el Padre y de su amistad con todos los hombres. El Espíritu conducía a Jesús, se identificaba con su espiritualidad. Este mismo Espíritu nos ha sido dado y habita en nosotros para realizar lo que es propio de él: relacionarnos en amistad con el Cristo a quien no vemos, y en fraternidad los unos con los otros. El Espíritu Santo, amistad hecha persona, hace posible que nuestra fe en Jesús se haga experiencia viva de amistad.

Así, la espiritualidad cristiana es trinitaria, porque es amistad personal con Dios; y es amistad personal con Dios porque es trinitaria. El Padre es el término de la amistad; el Espíritu es la relación misma de la amistad; el Hijo Jesús es su “lugar” de acceso y síntesis: el camino de la amistad trinitaria se humaniza y se nos hace asequible en Cristo; en su amistad encarnada entramos en amistad con toda la Trinidad.

Muchos grandes místicos cristianos experimentaron la espiritualidad como amistad con Dios. En muchos de sus escritos lo expresan así. Varían en su enfoque y lenguaje; algunos hablan simplemente de “amistad”, otros de “unión” o “desposorio”, que es una expresión más poética de la amistad radicalizada. Otros hablan de “imitación” o “seguimiento” de Cristo, lo cual implica la amistad con el Señor, pues es bien sabido que la amistad con Jesús no crece tanto con el conocimiento o la relación afectiva, sino con la imitación y seguimiento en la vida práctica. “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Jn 15,10). A Jesús se le “conoce” (con el corazón y la amistad) en la medida que se le sigue.

Los místicos varían también en su devoción (o énfasis de relación) a una u otra persona de la Trinidad. Pero todos llegan a esta relación a través de Jesucristo. La referencia a Jesús como la “puerta” de Dios Trinidad es unánime; la devoción a la humanidad de Cristo está siempre presente (sin ella no hay identidad cristiana), como camino que lleva a la relación con el amor de Dios Padre, o a la experiencia del Espíritu, o a veces a la devoción a la Trinidad como tal. Con todo, en mi opinión, los místicos más asequibles y “populares” son los más cristológicos.

Tal vez el caso más claro y notable de la mística como amistad sea el de santa Teresa de Je-

sús. El tema clave para leer e interpretar sus escritos es el de la amistad. Ello, ciertamente, coincide con el carácter de la santa (lo cual es propio de todas las “espiritualidades” cristianas) y con el hecho de ser mujer: Teresa era muy sensible a la amistad humana; ésta era su gran cualidad, y ocasionalmente, por lo mismo, su gran debilidad. (En el libro de su *Vida* nos cuenta cómo el “apego a amistades” le impedía entregarse a Dios más radicalmente.)

Es bien sabido que el hilo conductor de la espiritualidad teresiana es la oración. La santa va integrando en la oración los otros valores de la vida cristiana, ya sea como contexto, como condición o como fruto de ella. Por experiencia propia y ajena estaba convencida de que la práctica de la oración, aunque no fuera lo más importante de la espiritualidad cristiana (que es la caridad), es su punto de concentración y verificación. Ahora bien, en las propias palabras de Teresa, orar es “tratar de amistad” con Dios. La oración es una experiencia de amistad, y las etapas de su progreso son las etapas que profundizan tanto la amistad divina como la caridad fraterna. Así, por ejemplo, las siete “moradas”, que describen progresivamente la experiencia con Dios en la oración, son igualmente siete niveles progresivos de amistad con Jesús y de fraternidad con los demás.

Para la santa de Avila, la amistad se concentra en la humanidad de Jesús. Es bien conocida la devoción de Teresa de Jesús a la humanidad de Cristo. Junto con la oración, es otro elemen-

to esencial en su síntesis espiritual. Es que sin la humanidad de Jesús, la experiencia de la amistad al modo humano se desvanece. Jesús, que nos ofrece su amistad, que necesita de nuestra amistad, es la gran motivación de la oración teresiana; la gran inspiración de su amistad fraterna con los demás. Más tarde, sería el motor de su admirable actividad reformadora.

El camino de la amistad: la oración

En realidad, la síntesis y la plenitud de la amistad con Dios se da en el seguimiento (la imitación) de Cristo, que es la unión de nuestra voluntad con la suya. En eso consiste el amor de amistad. En este camino de imitación, la oración ocupa un lugar privilegiado. Por una parte, es el alimento del espíritu, que da vigor y persistencia a esta imitación. Por otra parte, la oración es en sí misma un modo eminente de imitación de Jesús. En ella lo imitamos en lo más importante de su personalidad: su íntima unión con el Padre. Nuestra oración nos incorpora a la oración de Cristo, y nos hace participar en su propia intimidad y amistad con el Padre.

Por eso la oración es camino de amistad, y así lo ha entendido siempre la espiritualidad cristiana y lo ha corroborado la experiencia de los santos, siempre que la oración sea verdaderamente “cristiana”, es decir, que esté unida al seguimiento de Cristo y busque su imitación.

Para meditar en la oración como amistad, nada mejor que meditar en la definición de santa Teresa de Jesús: “Porque oración es tratar de amistad, estando muchas veces a solas, con quien sabemos nos ama”. Esta “definición” es clásica; nos da la sustancia de toda forma y escuela de oración cristiana. Analicémosla brevemente.

“Tratar de amistad”. La oración es experiencia de Dios, que a su vez es experiencia de mutua amistad. La oración expresa nuestra amistad con Jesús, la cultiva y acrecienta. De ahí se generan los rasgos propios de toda oración.

Primero: la oración es una relación, un trato entre dos personas: la persona de Dios y uno mismo, lo mismo que la amistad es una relación entre dos personas. La oración no es un diálogo interior con uno mismo, como recapitación, o como revisión, o como introspección; la referencia a Dios es esencial. Tampoco es una relación con un principio divino abstracto, o con una fuerza superior, o con una divinidad imprecisa; es una relación con un Dios personal, histórico, que actúa en mi vida y en la vida del mundo. En esto la mística cristiana es diversa de la mística oriental no cristiana, donde el interlocutor del hombre no es una divinidad personal, sino un principio supremo, un término divino de fusión, etc.

Segundo: la experiencia esencial y original de la oración cristiana es el amor. El amor que

Dios me tiene, el amor que yo pongo. La oración progresa como progreso de la experiencia del amor. Lo cual es propio de la amistad, cuyo constitutivo es igualmente el amor. Así, el valor primordial de la oración no está en descubrir ideas, o en conocerse mejor, o en saber más religión (lo cual también sucede, y no es despreciable), sino en amar a Dios. “Orar no es pensar mucho, sino amar mucho”, escribe santa Teresa, “pues no todos saben razonar o reflexionar, pero todos pueden amar”.

En esto, igualmente, la mística cristiana es diversa de la mística oriental, en la que el valor predominante se da en la sabiduría: en el conocimiento y dominio de uno mismo, en un saber superior que relativiza las cosas y las vanidades humanas, en la penetración de los valores absolutos, etc. Esta sabiduría mística, que no carece de importancia en la oración cristiana, en ella, sin embargo, está dominada por la experiencia central del amor.

El primado del amor en la oración es el criterio de su calidad y de su progreso. Es también la raíz de su dinamismo contemplativo y de su gratuidad, que lleva poco a poco a “estar con Dios amándolo”, lo cual es propio de la amistad. Amar a Dios en la oración, sin razonamientos ni “sabiduría”, tiene un valor en sí; es la cumbre de la amistad.

Pero queda pendiente una cuestión fundamental. ¿Qué es amar en la oración? ¿Qué es, en último término, amar a Dios? En esto todos los místicos son unánimes. El amor, la caridad cris-

tiana, no está en primer lugar en la sensibilidad y en el sentimiento, o en la fuerza del afecto. Todo ello no es malo, pero no es lo esencial; puede hacerse o no presente en la oración; puede ser una ayuda. Lo propio del amor de amistad con Dios es la determinación de la voluntad de hacer lo que Dios quiere en la vida práctica. Es la orientación profunda del ser hacia el seguimiento eficaz de Cristo. La calidad de la oración se mide por la determinación a que conduce de practicar la voluntad de Dios. Esta determinación no siempre es explícita o a modo de propósito consciente, sino que se da en la experiencia misma del amor de amistad.

“...estando muchas veces a solas...”

La amistad se practica y crece compartiendo tiempo y momentos con el amigo. Si no se da tiempo al amigo, la amistad decae y puede llegar a extinguirse. De modo semejante, la oración, que es camino de amistad, requiere compartir momentos exclusivos con el amigo. Si no hacemos tiempo para estar a solas con Dios (eso es la práctica de la oración), es imposible profundizar en su intimidad y amistad.

Este aspecto de la oración es el que más depende de nosotros, de nuestra responsabilidad. Es el que más revela, prácticamente, la seriedad y fidelidad de nuestra amistad con Jesucristo. ¿Cómo podemos decir que somos sus amigos si

no buscamos tiempo para tratar de nuestras cosas con él a solas? ¿Cómo podemos pensar que lo amamos y que queremos imitarlo si no intentamos estar con él para decírselo y pedir su gracia?

En la amistad, lo esencial es la actitud permanente hacia el amigo, más que el número de veces que nos encontramos con él. Y es más importante la calidad del encuentro y del trato que su cantidad. De modo semejante, es más importante el espíritu de oración, la actitud de orantes a través de la vida, que las prácticas de oración (aunque éstas sean necesarias para mantener lo primero). Y es más importante la calidad de los tiempos de oración que su mera cantidad; la determinación de entregarse a la voluntad de Dios, que el mero “cumplimiento” de tiempos de oración.

Paradójicamente, la oración cristiana no es, en primer lugar, cuestión de cantidad de tiempo (tiene primacía la actitud y la calidad); pero es igualmente cuestión de tiempo. Sin fidelidad periódica y habitual a tiempos fuertes y suficientemente prolongados de oración, no es posible mantener la actitud orante en la vida ni caminar en la amistad con Jesús.

“...con quien sabemos nos ama”

La tercera constatación de la definición teresiana es de extrema importancia. La oración es

un trato de amistad, una relación de amor, donde el protagonista es Dios. La gran experiencia de la oración es el amor que Dios nos tiene, y no tanto el pobre amor que nosotros ponemos, en coherencia con la identidad del cristianismo, según el cual es Dios el que nos amó primero, nos busca y nos llama, y este amor es para siempre, incondicional y nos acepta tal cual somos.

Esta característica de la amistad de Dios es la esencia de la oración. Orar es dejarse amar por Dios, creer en su amistad incondicional. El primer efecto de la oración no es tanto lo que nosotros entregamos, o descubrimos, o experimentamos; el primer efecto de la oración es lo que Dios hace en nosotros en el transcurso de ella. En la oración Dios ama; Dios nos “trabaja” y transforma lentamente, pues la amistad de Dios es siempre transformante y liberadora. De ahí que la eficacia profunda de la oración sea siempre mayor que la experiencia sentida que tenemos de ella. Esta suele ser a menudo frustrante, distraída o árida. Pero, así y todo, siempre es un encuentro con la amistad eficaz de Dios; el fervor o la aridez son dos modos de experimentar esta amistad, y éstos van y vienen según la forma en que Dios nos trabaja para que crezcamos en ella.

Espíritu y método

Es una convicción constante en la fe de la Iglesia que el autor y perfeccionador de la ora-

ción es el Espíritu Santo. Esta verdad es coherente con la perspectiva que hemos adoptado para meditar sobre la oración: el Espíritu Santo es el amor, la relación de amistad de Dios hecha persona; y si la oración es experiencia de amistad con Dios, ésta es obra del Espíritu y se da en él. Es el Espíritu de Cristo quien nos relaciona en amistad con Jesús.

Esta afirmación es original del cristianismo: la oración la conduce el Espíritu Santo. Aquí también su mística difiere de la oriental. La contemplación del Oriente resalta la concentración humana, los métodos de interiorización y desasimiento. La contemplación cristiana, en cambio, sin despreciar los métodos de oración, los relativiza. Lo primordial aquí es la fidelidad a las mociones del Espíritu, en la contemplación ciertamente, pero también en la vida que la precede. La oración cristiana no es una actividad psicológica altamente entrenada (lo cual no significa despreciar el concurso de la psicología en la oración), sino antes que nada la actividad de la fe de amistad guiada por el Espíritu de Jesús. De esto podemos sacar algunas consecuencias.

Primero. La condición primordial para la oración no es un cierto método o técnica psicológica, sino el vigor de la fe. La oración se motiva por la fe y es una actividad de la fe amorosa. Y la fe se aviva y alimenta por la palabra de Dios; en la tradición cristiana, la lectura y escucha de la palabra, constante, diaria, ha sido siempre la mejor preparación de la oración.

Ningún método puede sustituirla. Sin el contacto permanente con la palabra de Dios, la fe se debilita, y una fe débil no es capaz de motivar la oración de amistad. De ahí que si una persona quiere iniciarse en la oración, el primer paso a dar es el hábito de leer o escuchar la palabra.

Segundo. La oración es inseparable de la búsqueda de la voluntad de Dios; la fidelidad a esta voluntad en la vida diaria es igualmente condición insustituible para la calidad de la oración... Si la oración va mal, lo primero a examinar es la coherencia de la vida, la orientación profunda de nuestro corazón. “Donde está tu tesoro está tu corazón” (Mt 6,21). En este punto, santa Teresa señala tres exigencias fundamentales: la caridad fraterna (especialmente el perdón a los demás y la reconciliación), la pobreza (sobre todo como libertad interior ante personas, cosas y honra propia), la humildad (dejar que Dios conduzca nuestra vida).

Tercero. Supuesto lo anterior, los métodos y ayudas psicológicas como preparación inmediata a la oración no han de ser menospreciados. Incluso es necesario; sobre todo en la larga etapa del “aprender a rezar” y, en general, en períodos de dificultad de concentración. En la oración, el método no es otra cosa que la manera de ayudarnos para concentrarnos en Dios; para facilitar la transición entre nuestras actividades corrientes (en que prima el uso de los sentidos) y la oración (en que prima la fe y la entrega de la voluntad). En ciertos momentos, esta transición se hace ardua, “violenta”; en cualquier

caso, requiere una opción, un esfuerzo de nuestra parte. El método lo facilita.

El método de la oración ha de ser sencillo, y muy personal. Cada uno sabe qué libro, qué ambiente o lugar, qué postura, qué ideas, qué oraciones vocales, etc., le ayudan a rezar. Sin olvidar la enseñanza de los grandes místicos: el método hay que usarlo en la medida que es necesario, y hay que dejarlo cuando no lo es, cuando la acción del Espíritu no lo requiere. En ese caso, que es común en los habituados a la oración, insistir en el método y apegarse a él estorba la acción del Espíritu y daña el progreso de la oración.

El método es muy personal. Sin embargo, hay ciertas tendencias que son constantes en la espiritualidad, y que provienen de la naturaleza misma de la oración como amistad con Jesús. Fundamentalmente, todos los métodos clásicos pretenden facilitar la relación íntima con la humanidad de Jesús, ya sea representándolo dentro o fuera de nosotros con ayuda de alguna escena del evangelio, ya leyendo en el evangelio mismo (o en nuestros libros preferidos) los pasajes que más nos atraen, ya repitiendo, a manera de letanía, una frase bíblica o inventada, que va penetrando en nuestro corazón y nos va absorbiendo en Dios. En cualquier caso, la eficacia de cualquier método no está en generar ideas o en ayudar la introspección, sino en reavivar el amor de amistad con Jesús.

Como el camino de la amistad humana, el camino de la amistad con Jesús en la oración es frágil y vulnerable. Lo llevamos en “vasos de barro”, al decir de san Pablo. Debemos cuidar y cultivar la oración, como debemos cuidar y cultivar la fe misma y el amor de amistad que genera. Igual que sucede con la amistad, que es vulnerable a cualquier crisis, conflicto o separación, la oración, lo sabemos por experiencia, es fácilmente vulnerable a nuestras crisis personales, a nuestros momentos de decadencia o aun a nuestros cambios exteriores de trabajo, de lugar o de relaciones.

De ahí la enseñanza de los místicos: lo más importante en la oración es no abandonarla nunca. Persistir en ella, sin dejarse condicionar por la sensibilidad, por el estado de ánimo o por nuestra infidelidad moral, nuestras miserias y pecados. Por mal que nos encontremos, no hay que ceder a la tentación (pues se trata ciertamente de una tentación del demonio) de dejar la oración. Esta es la única garantía de futura superación; la amistad liberadora de Jesús no nos abandona jamás; dejar la oración equivale, por parte nuestra, a cortar con esta amistad.

En fin, con la oración sucede lo que con la amistad. Cuanto más tratamos al amigo y conversamos con él, tanto más queremos tratarlo y conversar con él, más surgen temas de conversación; cuanto menos tratamos con él, tanto menos lo echamos de menos y tanto menos tene-

mos de qué conversar. En la oración, cuanto más oramos, tanto más necesitamos orar y tanto más le encontramos sentido a la oración; cuanto menos oramos, tanto menos sentimos su necesidad, menos le hallamos sentido y más difícil se nos hace orar.

La purificación de la amistad

En el proceso de la amistad humana existen algunas etapas cruciales necesarias para su crecimiento. La primera de ellas es decisiva; es el momento en que una persona con la que teníamos una relación de “amistad” en el sentido más amplio del término pasa a ser amigo en el sentido fuerte de la palabra. Ese paso implica una elección, una voluntad de relación especial. Luego viene la etapa o los momentos en que debemos “pagar el precio” de la fidelidad a la amistad: el sacrificio, el servicio, el perdón, la constancia, etc. En fin, tenemos también la dimensión más difícil del proceso de la amistad: la purificación de los egoísmos que inconscientemente la guían, de los engaños que la sostienen, de segundas intenciones inconfesadas, etc. La amistad se purifica a través de su misma práctica, de su mismo desarrollo; a través de los malos entendidos, tensiones, incomprensiones y conflictos, que constituyen su tejido humano, y en la medida en que se van superando. No hay

purificación y maduración de la amistad sin pasar por estas crisis.

Nuestra amistad con Jesús se desarrolla y crece por un camino de purificación semejante. Este camino corresponde, más o menos, a las grandes etapas de la conversión cristiana; etapas de muerte al mal a fin de crecer en la vida nueva que nos trae la relación con Jesús: la experiencia de la amistad divina y de la fraternidad universal. Como toda perspectiva englobante de la espiritualidad, el camino de la amistad con Jesús es pascual: se crece en ella pasando por las “muertes” de su purificación progresiva.

La conversión permanente

El proceso de nuestra amistad con Jesús es un proceso de conversión. En la mística cristiana, “conversión” tiene dos significados complementarios. Significa la primera decisión de seguir a Jesús y de cambiar de vida; es el inicio del discipulado. En este sentido, todo discípulo es un convertido. Conversión significa también el proceso de seguimiento de Jesús con las exigencias de cambio que él nos va pidiendo; en este sentido, la conversión es una tarea permanente. Se puede decir igualmente que ningún discípulo está totalmente convertido.

La amistad con Cristo implica para nosotros experimentar estas dos dimensiones de la conversión. La “primera conversión” es el momento en que Jesús deja de ser una relación religio-

sa ocasional y distante (un “conocido”), y es descubierto como amigo verdadero, que da sentido pleno a nuestra vida y al que queremos amar y seguir. La “conversión permanente” a Jesús es el camino en que esta amistad se va profundizando y purificando por la “muerte” progresiva a todo lo que en nosotros se opone a ella. Jesús mismo nos ha advertido que si queremos seguirlo por amistad hay que negarse a sí mismo, tomar su cruz cada día (Mt 16,24), morir como el grano de trigo (Jn 12,24) y estar dispuesto a renunciar a todo aquello incompatible con las exigencias de su amistad (Lc 14,33).

Pero esta conversión permanente no depende toda, ni mucho menos, de nosotros. En parte, sí; podemos esforzarnos, dejar vicios y malos hábitos, luchar contra las tentaciones, trabajar sobre nuestras formas de egoísmo y defectos de carácter a fin de ser más libres y fraternos. (Es lo que los espirituales llaman la “conversión activa”.) Pero nuestro esfuerzo personal y la decisión de nuestra voluntad —lo sabemos por experiencia— no llega muy lejos. Hay defectos y egoísmos que no vemos; miserias y vicios que, si bien los vemos, no podemos superar por debilidad, inconstancia o fragilidad. Toda esta dimensión oscura de nuestra amistad con Dios, ante la cual somos prácticamente impotentes, requiere ser purificada por la intervención del Espíritu Santo, que nos va trabajando y desarraigando las raíces del mal, a menudo a pesar nuestro. (Los espirituales llaman a esto la “conversión pasiva”. En el lenguaje de san Juan de

la Cruz, “noche pasiva”, relativa a la “noche activa”, que es el aspecto anterior.)

Activa o pasiva, el proceso de la conversión a Jesús tiene un factor común: implica la renuncia interior y exterior, personal y social, a todo aquello que hay de mal en nosotros, que nos atrae y querríamos mantener. Como toda renuncia, la conversión tiene un precio: el sufrimiento, la crisis, la aceptación de la cruz, sin lo cual no hay “muerte”. Pues, dada la condición humana inclinada al mal, aunque las “muertes” sean para vivir más, siempre nos producen dolor, vacío aparente y ardua dificultad (las “noches” de Juan de la Cruz).

“El amor que mata”

¿Por qué es esto así? ¿Por qué el camino de la amistad y del seguimiento de Jesús, atractivo y amable, contiene esta dimensión ardua y dolorosa, hasta el punto de que muchísimos no emprenden este camino o lo abandonan? En una palabra, ¿por qué toda forma de purificación de la amistad de Cristo, siendo tan necesaria y liberadora, es al mismo tiempo dolorosa?

Ciertamente sería un error pensar que esto se debe a una decisión de Dios, que quiere hacer de la religión algo difícil o pretende poner un precio a su amistad. Esa idea de Dios no sería cristiana: Dios es puro amor y gratuidad, y busca sólo nuestra felicidad. Tampoco el hecho se debe a un pesimismo de la Iglesia y de sus mis-

ticos, o a corrientes antropológicas extrañas al evangelio que se hubieran ido infiltrando en su espiritualidad. El hecho de la purificación, al mismo tiempo necesaria y dolorosa, se debe a la naturaleza de la condición humana; esencialmente, a que Jesús es Dios y nosotros no lo somos, él es el santo y nosotros no. Ello crea, necesariamente, una desproporción entre los dos polos de la amistad (él y nosotros), que se traduce en una esencial inadecuación, por parte nuestra, a la amistad que Jesús nos ofrece. La verdad paradójica es que la purificación dolorosa es un efecto inevitable de nuestro progreso mismo en la amistad divina. “Recordemos —nos dice la palabra de Dios— cómo fue probado Abrahán, nuestro padre; y purificado por muchas tribulaciones, llegó a ser amigo de Dios” (Jdt 8,22).

San Juan de la Cruz explica esto con el ejemplo del fuego y la leña. La leña y el fuego son “amigos”. Están hechos el uno para el otro. El contacto mutuo los funde e identifica: al echar leña al fuego, ésta prende, se transforma en llama y se confunde con el fuego, que termina por comunicarse a la leña completamente. ¿Pero qué sucede si la leña no está apta para el fuego, porque está húmeda o sucia? Sucede que, al contacto con el fuego, la leña no prende. Sucede también que este mismo contacto tiene la virtud de purificar la leña: el fuego y su calor van derriando la suciedad de la leña y van expulsando su humedad hasta que la leña, ya seca, se consume en el fuego. Y sucede, en fin, que esta

purificación y expulsión de la humedad se realiza con crepitar y con humo, que es “pena y dolor” para la leña. El fuego es su “amigo”, y no quiere apenarla; la pena viene por causa de la impureza e inadecuación de la leña. Por otra parte, el único modo de evitar la crisis dolorosa de la leña sería separándola del fuego, con lo que quedaría sucia y húmeda para siempre y no alcanzaría el destino para el que está hecha, que es la unión con el fuego.

Así, la amistad que Dios nos ofrece es plenitud y alegría para nosotros, pues estamos hechos para él; pero en la medida en que estamos llenos de las falsas alegrías y plenitudes, esta amistad no puede comunicarse como quisiera hasta que no nos deshagamos de ellas. Pero el deshacernos de ellas no es obra nuestra, sino de la amistad misma de Jesús, que al irnos penetrando nos va convirtiendo y purificando.

La misma parábola, incidentalmente, nos lleva a entender mejor qué es el purgatorio. Es lo anterior, pero prolongado más allá de la muerte. De suyo, la purificación del hombre debería realizarse en el transcurso de su vida, para pasar al cielo como plenitud. Sucede, sin embargo, que por diversas razones, esta purificación no se ha producido o no se ha completado. El encuentro con el amor de Dios después de la muerte, al ofrecerse para siempre, se hace de hecho purificante. El purgatorio no es un “castigo” impuesto por Dios; es el mismo amor de Dios que nos purifica, con pena de nuestra parte, para que lo gocemos plenamente.

La iluminación de la amistad

La “conversión pasiva”, por la que el Espíritu de Jesús nos da aquello que no podemos adquirir por nuestro propio esfuerzo o nos quita aquello a lo que no somos capaces de renunciar, toma la forma de purificación o de iluminación.

La purificación es el despojo que la mano de Dios, actuando a través de los hechos o circunstancias de la vida, nos propone o nos impone. Lo que nos purifica no son las renunciaciones a las que la vida (Dios) nos obliga, sino su aceptación de nuestra parte a causa de Jesús y nuestro deseo de llenar con su amistad el aparente vacío de la renuncia.

Las renunciaciones a que nos lleva el seguimiento de Cristo por amor a veces son totales y a veces son relativas. Debemos renunciar o despojarnos totalmente del pecado y del mal (incompatibles con su amistad), y ocasionalmente de un bien o valor que para nosotros se ha transformado en ídolo, impidiéndonos una amistad fiel. (Por la condición humana, podemos hacer ídolos aun de valores: del trabajo, del sexo, de una persona, de un pasatiempo...) Las renunciaciones relativas se refieren también a valores que, sin llegar a ser ídolos para nosotros, obstaculizan nuestra libertad interior y requieren ser controlados e integrados en la amistad de Cristo. Es lo que tradicionalmente se llama ascética cristiana. Cuando ésta se hace insuficiente, interviene además la purificación del Espíritu.

Debemos despojarnos de lo malo (por ejemplo, un vicio inmoral); y si no nos decidimos a hacerlo, el Espíritu nos purifica a través de una circunstancia que nos obliga a no poder seguir ejerciendo ese vicio. Debemos también purificarnos, ocasionalmente, de cosas y situaciones de suyo buenas, pero que por nuestra fragilidad las hemos transformado en ídolos (por ejemplo, una amistad que se hace nociva). Aquí no se trata de destruir lo que hay de valor, sino de recuperar la libertad y el primado de la amistad con Jesús; debemos renunciar a ese trato en tanto en cuanto sea necesario. Si no atinamos a ello, la bondad de Dios lo hace por nosotros: nos coloca en una circunstancia que nos obliga a modificar esa relación, devolviéndonos la libertad. En fin, a veces debemos renunciar totalmente aun a algo que es en sí bueno, pero por lo cual estamos tan esclavizados, que ya se nos hace imposible controlarlo. En esos casos, “si tu mano (que es algo bueno) te sirve de escándalo, córtatela y arrójala lejos de ti...” (Mt 18,8). Si no lo hacemos nosotros, Dios lo hace por nosotros, a veces dramáticamente; ése es el valor purificador de la cruz, que es la forma que toma para nosotros la purificación impuesta. Desde la perspectiva de la mística, la cruz es el último recurso que utiliza el amor de Dios para liberarnos.

Una forma habitual y esencial de la purificación es la iluminación. En el fondo, todo hecho de conversión o de purificación incluye una iluminación; para cambiar hay que tomar con-

ciencia de lo que requiere cambio; para tomar conciencia se requiere luz; para que haya luz se requiere ser iluminados por el Espíritu. “En tu luz veremos la luz”, dice el salmo.

La iluminación se opone a la ceguera de espíritu. Todos somos ciegos en diverso grado. Todos tenemos áreas ciegas en la conciencia, que nos impiden ver exigencias concretas de la amistad de Jesús, sutiles servidumbres que no nos permiten ser enteramente libres para esta amistad. Pues no basta la sinceridad de conciencia para seguir a Jesús, es necesario también “ver” el camino; podemos fallar a su amistad no sólo por infidelidades conscientes, sino también por errores, como también sucede con la amistad humana. Y así como en ésta la palabra del amigo nos advierte de las molestias y equívocos que le causamos por un error inadvertido, de modo semejante Jesús amigo nos ilumina por su palabra interiorizada en la oración para que “veamos” lo que anda mal en nuestra relación con él. “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas” (Jn 8,12).

No basta, sin embargo, recibir la luz de Cristo que nos ilumina (ya sea interiormente, ya sea por la palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia) para ser purificados. Es necesario cambiar de actitud y de práctica conforme a la luz recibida; lo contrario es pecar contra la luz, y seremos juzgados por ella. “Este juicio consiste en que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas” (Jn 3,19).

6

La amistad como encuentro: los sacramentos

La amistad humana verdadera requiere momentos de encuentros íntimos, ricos, gratificantes. No puede realizarse bien solamente en la búsqueda, la purificación y lo implícito. De modo semejante, nuestra amistad con Jesús, que es la espiritualidad cristiana, no es ni puede ser sólo búsqueda, conversión siempre provisoria, purificación siempre incompleta. La amistad de Cristo, ya en la tierra, contiene momentos de encuentro, de densidad, de riqueza especial (aunque siempre envueltos en la fe y en la limitación de la condición humana).

El valor particular de los encuentros densos con la humanidad de Cristo está también en la fuerza transformante que ellos tienen. Esta afirmación se basa en los evangelios. Estos nos relatan numerosos encuentros de Jesús con los que se acercaban a él en busca de una gracia y de una liberación. Estos encuentros eran “sacramentales”, es decir, transformaban a esas personas según la gracia que Jesús les ofrecía. Con

las debidas actitudes de fe y de corazón de parte del hombre, el encuentro con la humanidad de Dios es siempre transformante. Cuando Jesús decía: “tus pecados te son perdonados”, la persona quedaba purificada de sus pecados. Cuando decía: “vete en paz”, la persona quedaba en paz; cuando decía: “no tengas miedo”, el miedo se disipaba.

¿Cómo es posible tener hoy día esos encuentros con Jesús en circunstancias en que su humanidad ya no está físicamente entre nosotros? Es posible gracias a la Iglesia. La Iglesia es la humanidad de Jesús sacramentalmente presente entre nosotros; es decir, en la Iglesia se contiene la virtud transformante que habita la humanidad de Cristo. Esta virtud se ofrece como encuentro personal en cada sacramento de la Iglesia. En la práctica de la vida cristiana, los sacramentos son la amistad de Jesús, hecha encuentro personal durante el transcurso de nuestra vida.

Este encuentro, en el camino de la vida, se reitera en dos sacramentos fundamentales, que sintetizan la virtud transformante de la humanidad de Jesús: la penitencia y la eucaristía. Por lo mismo, estos dos sacramentos condensan también la naturaleza pascual de la transformación que comunica todo encuentro con Jesús: pasar por una muerte para resucitar a una vida nueva. Muerte y purificación del mal para vivir la experiencia de la amistad de Dios y de la fraternidad.

Eucaristía y penitencia, cada una (como acon-

tece con todos los sacramentos), purifican y renuevan al mismo tiempo. Pero como gesto eficaz de la humanidad de Jesús, la penitencia acentúa la muerte del mal, y la eucaristía, la experiencia de la caridad.

Como signo y gesto de Cristo viviente en la Iglesia, el sacramento de la penitencia es un encuentro con Jesús misericordioso, que perdona y purifica. Es el encuentro de la Magdalena, del paralítico y de la mujer adúltera. Es un encuentro destinado a recrear una amistad rota o a dar vigor a una amistad debilitada. Es el sacramento de la purificación de la amistad. Es verdad que lo más esencial de la penitencia está en el perdón de los pecados; pero no siempre basta para darle todo su sentido, pues hay también otras formas de perdonar aquellos pecados que no rompen con la amistad de Jesús. En muchos cristianos, este hecho puede llevar a una desvalorización del sacramento. Es necesario también revalorizar la penitencia como purificación y como iluminación.

El sacramento de la penitencia purifica las raíces del mal y de lo no convertido en nosotros, consolidando por vía sacramental lo que en la vida se va realizando por el camino de la ascesis y la purificación pasiva. La penitencia es el sacramento que confirma, con la certeza del encuentro, la purificación de las tendencias, las actitudes, las raíces —tanto más profundas cuanto más inconscientes— que están en el trasfondo de los pecados perdonados. Recibir la penitencia no es sólo ser perdonado por Jesús; es

igualmente ser purificado desde la raíz; es ser reforzado en la capacidad de superar la tentación; es disminuir la fuerza de nuestras malas tendencias.

Como todo encuentro pleno con Cristo misericordioso, la penitencia ilumina. Es luz para la conciencia. La hace más delicada, más sensible al mal ambiguo u oculto, más apta para discernir. El sacramento del perdón purifica la conciencia. Su abandono la debilita, la oscurece, la pone en camino de endurecerse.

El sacramento de la eucaristía es el encuentro privilegiado con Cristo como amistad y como fuente de fraternidad. En él la amistad y fraternidad se nos entrega como don, y este don es Cristo mismo. Cristo renueva su sacrificio, que es la fuente de la vida nueva, y nos la comunica alimentándonos con su cuerpo y con su sangre. En la eucaristía, el encuentro con la humanidad de Jesús alcanza su máxima plenitud en la tierra: su amistad se hace comunión, fusión, y toma las características del amor de desposorio.

La eucaristía es más que un encuentro sacramental con Jesús amigo. En la eucaristía el amigo se hace vida de nuestra vida, y nos transforma en él, como promesa de la consumación de su amistad en la vida eterna.

Como sucede con los encuentros más íntimos de la amistad humana, que no son continuos, pero inspiran todas las demás relaciones de la amistad en su caminar habitual, los sacramentos no los recibimos a cada momento, y el tiempo que duran como encuentro es muy breve en

relación al resto de nuestro caminar cristiano. Entre sacramento y sacramento está la búsqueda, la conversión ardua, la fidelidad. Los sacramentos no son sólo puntos de llegada y de “descanso” en el camino de la amistad, sino igualmente puntos de partida renovada. Y como en la amistad humana, su inspiración y fuerza transformante irán acompañando ese camino.

El radicalismo de la amistad

La amistad toma muchas formas. Hay amistades más dominantes que otras. Las hay hechas de encuentros ocasionales y fuertes, las hay de encuentros más habituales y corrientes. Las hay que toman toda una vida, y las hay que abarcan sólo períodos importantes, por la fuerza de circunstancias. De hecho, cada amistad es especial, irrepetible y única en su tipo de relación.

Algo análogo sucede con la amistad con Jesús. Si, por una parte, para cualquier discípulo esta amistad ha de ser, en toda circunstancia, el “amor mayor”; por otra parte, puede ofrecerse en diversas formas, con acentos y exigencias diversas de fidelidad o con grados diferentes de radicalismo y exclusividad. Si es verdad que Dios ama a cada persona como si ésta fuera la única sobre la tierra, la relación de cada uno con Jesús es única y especial.

Todo hombre está llamado a una amistad radical con Cristo (como “amor mayor”); pero el radicalismo de la amistad divina puede expresarse en diversas formas y con mediaciones hu-

manas diferentes. Entre ellas, las más típicas y cargadas de simbolismo son el matrimonio, el celibato consagrado y la pobreza voluntaria.

El matrimonio como amistad radical

El matrimonio es la síntesis entre la amistad y el amor sexual de un hombre y una mujer. Por ello tiene las exigencias de lo exclusivo y de lo permanente, lo cual hace al matrimonio una forma de amor radical.

Los dos enamorados, sin embargo, continúan llamados al amor de amistad con Dios por encima de todas las cosas; este amor a Dios se encarna y se expresa por la mediación del amor radical del uno por el otro.

Así, en la expresión del Nuevo Testamento, los esposos han de amarse “como Cristo amó a su Iglesia” (Ef 5,29). En la fidelidad de su amor, los esposos expresan la fidelidad radical de su amor a Dios. De alguna manera, cada esposo es un sacramento de su amistad con Dios para el otro esposo.

Por eso el matrimonio es uno de los sacramentos cristianos: es una experiencia de amor radical de amistad, que significa y simboliza el amor de amistad de Cristo por su Iglesia y por cada uno de nosotros. Por eso, igualmente, el matrimonio es por su naturaleza permanente (como es permanente el amor de Dios, a quien simboliza y encarna) y, al mismo tiempo, fiel en

su exclusividad (como es siempre fiel la amistad de Jesús).

La espiritualidad del matrimonio es fundamentalmente ésta: expresar con su mutua y probada fidelidad el amor que los cónyuges tienen por Jesús, y el amor que Jesús tiene por ellos. El matrimonio está llamado a pasar por las crisis, purificaciones y maduración propias de toda forma de amor de amistad. La mutua fidelidad en estos procesos, que van tejiendo la historia del amor conyugal, es no sólo muestra de la mucha lealtad a ese amor, sino igualmente, como su contenido más profundo, un camino para ahondar la amistad de cada uno de ellos con Jesús.

La experiencia del matrimonio como amor radical es una experiencia del amor de Dios.

El radicalismo del celibato

El celibato consagrado es la modalidad más radical de la amistad con Jesús. En el celibato, esta amistad se nos ofrece de forma tan exclusiva y como experiencia tan totalizante, que llega a excluir toda otra forma de amor totalizante y exclusivo como es el conyugal. En el celibato, el radicalismo de la amistad divina se expresa sin la mediación del enamoramiento y sin sacramentalizarse en la relación matrimonial. La experiencia de Cristo toma una forma tan exclusiva, que basta por sí sola para llenar la vida

del célibe de la plenitud que habitualmente se vive en el matrimonio.

Porque el celibato es antes que nada una experiencia especial (carismática, dicen los teólogos) de amistad con Jesús, cuyo amor toma tal matiz que lleva a optar libremente por una vida célibe. En el celibato lo sustancial es un modo de amor de amistad con Jesús; la consecuencia es la renuncia al amor exclusivo con el otro sexo. Por eso el celibato consagrado es un valor de la mística cristiana, antes de cualquier consideración disciplinaria o legal, que no tienen sentido sin lo anterior.

De hecho, ya en la vida de Jesús, él ofreció su amistad a algunos discípulos con tal calidad de radicalismo que ellos lo siguieron en el celibato. Esta experiencia espiritual, institucionalizada o no, ha sido permanente en el cristianismo: el celibato como forma de amistad con Jesús, que se hace proyecto personal y liberador para toda la vida.

Se puede hacer una teología muy rica del celibato consagrado. Se puede ahondar en sus consecuencias de liberación personal y apostólica. Se puede valorar lo que tiene el celibato de testimonio del evangelio en la Iglesia y en el mundo. Pero por encima de todo, en cada caso concreto, el celibato es una experiencia religiosa personal. La motivación surge de una experiencia personal de amor, igual que sucede en la decisión de casarse con tal persona y no con otra. Así como no se contrae matrimonio para verificar una teología o dar un testimonio, no se opta

por el celibato en concreto impulsado por razones teológicas o por dar testimonio, sino para realizarse como discípulo. Así como alguien se casa con esta persona, y no con otra, porque le atrae y porque “le gusta”, el celibato se asume porque a uno “le gusta”, en el sentido que es su modo personal de seguir a Jesús. El testimonio que se dé con el celibato no es lo decisivo, sin que haya que desvalorizarlo. Pues el celibato consagrado no siempre es comprendido, ni en todas las culturas es un testimonio tan claro; pero ello nunca impidió la realización del celibato en aquellos que lo experimentaron como vocación personal.

El celibato consagrado y el sacramento del matrimonio son dos formas permanentes de amor exclusivo que simbolizan, cada uno de manera diferente, la amistad radical de Jesús. Por eso las dos formas de amar están relacionadas y se inspiran y enriquecen mutuamente. El célibe inspira al casado la castidad (extraconyugal) que exige la fidelidad matrimonial: la castidad radical es una inspiración para asumir una castidad relativa. El célibe recuerda al casado el contenido último de su amor conyugal, que es el amor absoluto de Dios.

Por su parte, el casado ayuda al célibe a vivir la consagración de su castidad a modo de amistad con Jesús: lo afectivo, encarnado y rico del amor conyugal es un recuerdo de la plenitud y riqueza humana que ha de tener la amistad radical con Cristo. El amor matrimonial es un recuerdo de lo encarnado y humano con que debe

revestirse la experiencia del Dios absoluto. Sin perder de vista, sin embargo, una diferencia importante: contrariamente a lo que sucede con el enamoramiento y con el amor matrimonial, el amor exclusivo de Jesús en el celibato deja insatisfechos los sentidos y la sensibilidad.

La amistad de Jesús, habrá que recordarlo, por su naturaleza no tiene la intensidad sensible de las demás formas de amistad humana. Su plenitud se da de otra manera: como convicción y paz profundas, como plenitud y alegría del fondo del ser. Por esta razón, sobre todo, el camino del celibato es más arduo que el matrimonio, hace violencia a la naturaleza, por lo cual requiere una llamada particular (un carisma), que será siempre muy minoritario.

Por esa razón, el radicalismo del celibato exige un estilo de vida más exigente y ascético, más austero y pobre. La pobreza y el celibato van muy unidos. El celibato viene a ser una forma de pobreza; y la pobreza, cuando es auténtica, revela los mismos valores evangélicos de la castidad consagrada.

El radicalismo de la pobreza

La castidad es una forma de pobreza, tal vez la más radical. Pues la pobreza es la libertad interior (que necesariamente se manifiesta en un estilo de vida exterior) ante personas y cosas, que permite el crecimiento de la amistad de Jesús. Como actitud fundamental —expresada en

la bienaventuranza de la pobreza de espíritu—, la pobreza abarca la castidad (consagrada y matrimonial); pero va mucho más allá: arranca del corazón los ídolos opuestos al amor mayor (el “corazón dividido”), ya sea como renuncia, ya sea aceptando la purificación.

Al igual que la renuncia que implica el celibato (y, de otro modo, la fidelidad matrimonial), las renunciaciones de la pobreza no son significativas ni liberadoras sino como consecuencia de la experiencia de amistad de Jesús. El pobre, austero y despojado está tan penetrado de esa amistad, posee tan plenamente —en la esperanza— los valores del reino, que no puede sino relativizar y desprenderse de los valores transitorios.

El estilo de vida pobre, de manera semejante al estilo de vida de la castidad consagrada, testimonia que la experiencia de amistad de Cristo es una realidad tan decisiva, que relativiza y libera de aquello que habitualmente constituye los ideales y “tesoros” más buscados por los seres humanos: el dinero, el poder, el placer, la imagen, la comodidad y la buena vida...

La pobreza —interior y exterior inseparablemente— es un sacramento de la amistad de Jesús como capaz de llenar las aspiraciones del corazón humano. “Donde está tu tesoro está tu corazón” (Mt 6,21). La pobreza es la encarnación de la parábola del tesoro escondido y de la perla valiosa (Mt 13,44-46), que cuando se descubren se “vende todo” para poder adquirirlos.

Así como el testimonio del celibato y de la

fidelidad matrimonial comienza en el corazón (el corazón indiviso), pero necesariamente se expresa en opciones y aun renunciaciones en la vida, así también la pobreza. Su testimonio no está en primer lugar en una austeridad y pobreza externas, sino en la libertad que ello supone, detrás de la cual se revela la amistad radical de Jesús. Pues la pobreza exterior, por sí sola, es un hecho económico, social o cultural que puede tener muchas motivaciones, no siempre liberadoras, y a menudo ambiguas con respecto a la libertad. (Motivos de tradición cultural, o falta de diligencia o de recursos, o, más habitualmente, una pobreza impuesta por la injusticia de los mecanismos económicos.) La pobreza exterior humanizante y liberadora ha de ser voluntaria, o a lo menos ha de ser asumida libremente; y ello se da por la actitud del corazón.

Esta actitud de libertad tan radical no puede ser resultado del puro esfuerzo humano o de una filosofía de la vida. Es un conjunto de opciones, criterios y renunciaciones que, para ser liberadores, vienen a ser la consecuencia de la posesión de los bienes mayores que traen la amistad de Cristo y la fraternidad.

Como sucede con toda expresión radical de esa amistad (el celibato, por ejemplo), la pobreza voluntaria es también y esencialmente un valor fraterno. Es una condición para la solidaridad, el compartir, el servicio, la misericordia y el perdón. La prueba de que una vida exteriormente pobre es evangélica y liberadora la tenemos en el amor fraterno que es capaz de generar.

8

La prueba de la amistad: el amor fraterno

Recordemos una vez más la esencia de la espiritualidad cristiana: una doble experiencia de amor, inseparable: el amor de amistad con Dios y el amor de fraternidad con los demás. La amistad, por su naturaleza selectiva, puede y debe realizarse con Jesús, pero no con cada uno de los demás. Con el prójimo estamos llamados a la fraternidad, al amor fraterno, que es una comunión, una determinación de reconocer en el otro a un hijo de Dios, a un hermano, y actuar en consecuencia. La fraternidad es la condición de la amistad humana, lo mismo que la amistad de Jesús es la condición de la fraternidad.

El amor de amistad con Jesús, por su misma naturaleza, exige el amor fraterno: la amistad que Cristo nos tiene no se reduce a una persona, sino que es universal, y genera en nuestra propia amistad con él la misma orientación de hacer de sus amigos nuestros hermanos y hermanas. El amor de amistad con Jesús replantea todas las demás relaciones humanas. Lejos de

eclipsarlas o debilitarlas, la amistad de Jesús las sana y purifica, las profundiza y universaliza. Jesús nos lleva a amar a los demás como él nos ama, y hace de esto su exigencia primordial: “Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13,34).

En consecuencia, los dos amores se hacen intercambiables, y el uno se constituye en la prueba del otro. ¿Cómo comprobar la autenticidad de nuestra amistad con Jesús? Por la práctica del amor fraterno, es la afirmación constante de la espiritualidad cristiana, ya presente en el Nuevo Testamento: “Si alguien no ama al prójimo, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4,20). “El amor viene de Dios”... “Si nos amamos, la amistad de Dios está entre nosotros” (1 Jn 4,12). “Nosotros amamos porque él nos amó primero” (1 Jn 4,19).

Los dos amores que se verifican mutuamente

Recorrer el camino de la amistad de Jesús es recorrer el camino del amor fraterno; recorrer el camino del amor fraterno es recorrer el camino de la amistad de Jesús. La vía privilegiada de esta amistad es la contemplación; la vía privilegiada de la fraternidad es el compromiso de la caridad. Cuando Cristo proclama que la caridad fraterna es un acto de amistad hacia él mismo (“lo que hicisteis al más pequeño de mis hermanos lo hicisteis conmigo”, Mt 25,40), nos está indicando el modo más seguro de verificar esta amistad.

La cuestión siempre ocupó a los espirituales: ¿Cómo verificar la experiencia del amor de Dios, sobre todo en la oración? Su respuesta unánime puede parecer sorprendente: la oración no tiene verificación en sí misma, pues el amor que ahí actúa es básicamente una orientación de todo el ser, que no siempre se traduce en lo afectivo y en lo sensible, y que queda entonces inaccesible a la experiencia y mediciones humanas. En coherencia con la enseñanza bíblica, los místicos afirman unánimemente que el amor de Dios y la oración se verifican realizando la voluntad de Cristo en la vida —cuya práctica privilegiada es la caridad fraterna—. La oración no se evalúa haciendo una introspección sobre la misma, sino a más largo plazo, mirando si en la vida corriente aumenta el compromiso y la fraternidad.

De igual manera, muchos cristianos se preguntan por la autenticidad evangélica de su caridad y servicio a los demás y de su compromiso con los pobres. Esta autenticidad tiene que ver con la calidad y fidelidad de esos compromisos, y especialmente con los motivos que los inspiran. La pregunta es: ¿Qué motiva la práctica de la fraternidad? ¿La búsqueda de liderazgo, la realización personal, una ideología social, sentimientos de compasión, o los valores evangélicos? De la respuesta depende que la práctica de la fraternidad sea o no espiritualidad cristiana, y que esté relacionada o no con la amistad de Jesús. Se trata de la verificación evangélica de la fraternidad. Al igual que sucede con el amor a

Dios, los motivos del amor al prójimo son fáciles de disfrazar. La respuesta es igualmente unánime en los místicos: la verificación más segura de la calidad y motivos del amor fraterno se da en el regreso constante a la contemplación de aquel que es la fuente de toda fraternidad y de toda forma de amor. La oración de amistad verifica el compromiso; pues si éste está auténticamente radicado en Dios (“nosotros amamos porque él nos amó primero”), ese compromiso fraterno querrá prolongarse en esos momentos de amistad exclusiva con Dios, que es la fuente y plenitud de esa caridad que se ha vivido como anticipo en la relación con los demás.

La unidad existente entre la amistad divina y la fraternidad humana hace que se transmitan a todas las formas de caridad fraterna los mismos rasgos y exigencias de la amistad que Jesús nos tiene. Si esta amistad se dirige a cada persona como “única” e irrepetible, la fraternidad también exige reconocer en cada persona con la que la vida nos relaciona una “imagen de Dios”, un “amigo” por parte de Cristo, lo cual lo hace un “hermano”, digno de una actitud amistosa. Esta “hermandad” exige, desde luego, los “derechos del hombre”, pero va más allá: a causa de la amistad de Cristo, exige amar al otro “como a uno mismo”, que es la práctica de la caridad fraterna.

De ahí las demás exigencias de la fraternidad. Así como la amistad de Jesús es gratuita (“Dios nos amó primero”), así el amor fraterno no busca su interés (ni aun la correspondencia de la

amistad), sino que se motiva por lo que tiene el prójimo de valor en sí mismo: que a él también se dirige gratuitamente la amistad de Jesús, que exige la misma gratuidad de parte nuestra.

La amistad de Jesús es igualmente universal, se ofrece a todos y a cada uno sin discriminación, sin condiciones y para siempre, y aunque pueda ser rechazada, su oferta permanece. El amor fraterno es igualmente universal; se ofrece también a todos sin discriminación, pues a todos se ofrece la amistad de Jesús y el amor de Dios Padre, que nos hace a todos hermanos y hermanas.

El camino del amor fraterno es largo, arduo y siempre inacabado, como lo es también el camino de la amistad de Cristo. La caridad fraterna estará siempre condicionada por nuestras insuficiencias con respecto a esta amistad, y la amistad de Cristo estará siempre condicionada en su crecimiento por las deficiencias de la caridad fraterna. Pero por la misma ley de la inseparabilidad de los dos amores, toda práctica de amor fraterno hace crecer también la amistad de Jesús, así como hacerse más amigo y seguidor de Jesús es hacerse igualmente más hermano de los demás.

Amistad y misericordia

La amistad de Jesús, siempre universal e indiscriminada, tiene al mismo tiempo predilecciones. Estas son bien conocidas a través de los evangelios y de la tradición cristiana: el amor

particular de Jesús por los pobres y sufrientes, su preocupación por los extraviados y por las “ovejas sin pastor” (Mc 6,34). Sabemos igualmente que la fraternidad cristiana, para que sea integral, requiere también imitar a Jesús en esas predilecciones de su amistad.

¿Por qué estas “preferencias” del amor de Jesús y de la caridad fraterna? Para entender este misterio, dentro de lo posible, tenemos que contemplar más de cerca la naturaleza de la amistad que Jesús nos tiene. Esta amistad se nos ofrece no en abstracto, sino concretada en la historia del hombre y en la realidad de la condición humana. Es la amistad entre un Dios hecho hombre y seres humanos que han sido creados; que, por lo tanto, son limitados, vulnerables a todas las contingencias y están orientados hacia la muerte; que, además, se hallan sometidos al mal moral, y que viven —en muy diversos grados y maneras— la experiencia del pecado.

En una palabra, los amigos de Jesús no son perfectos ni aun como seres humanos, y en su amistad Cristo los encuentra deshumanizados por toda suerte de miserias. Pero Jesús no es sólo amigo, sino también salvador y liberador, y su amistad es una solidaridad eficaz con respecto a las miserias del amigo. Es esencial a la amistad de Cristo el humanizar y liberar al amigo, el ayudarle a dejar atrás sus miserias —incluidos el pecado y la muerte—: la amistad de Jesús es misericordiosa; Jesús encarna la misericordia de Dios.

Así, la relación de amistad del hombre con

Jesús, por una parte, es de igualdad; y, por otra, no lo es. La igualdad viene de la misma naturaleza de la amistad, que coloca a los amigos en un mismo nivel, identificados el uno con el otro y necesitados mutuamente. La desigualdad viene porque Jesús es también Dios, que es pura misericordia, y el hombre es miseria, necesitada de misericordia y liberación. En esta amistad se relacionan la misericordia y la miseria.

La tradición bíblica y espiritual cristiana mantuvo siempre esta síntesis: Jesús es nuestro amigo, Jesús es nuestro liberador. Ello es posible porque Jesús es la misericordia de Dios, y es al mismo tiempo hombre sometido a toda la condición humana, menos el pecado. Para entender los matices y características de la amistad de Jesús, hay que tener en cuenta las exigencias de su misericordia. Y la misericordia —que es el amor solidario, que hace lo posible por liberar al otro de su miseria— es al mismo tiempo universal y parcial.

La misericordia es universal porque no excluye a ninguna persona ni a ninguna forma de miseria en su empeño de liberación. Y la misericordia es igualmente, por su misma naturaleza, parcial: se hace más atenta e intensa allí donde la miseria es mayor.

Así se entienden las preferencias de la amistad misericordiosa de Jesús: ésta se ofrece a todos; ofrece una esperanza de liberación a todos, pues todo ser humano está arraigado en la miseria. Pero, al mismo tiempo, se ofrece con preferencia a aquellos hombres en que la miseria es ma-

yor y su liberación más necesaria: los pobres y oprimidos, los enfermos, sufrientes y abandonados (miserias “materiales”), y los pecadores, corrompidos, ciegos y extraviados (miserias “espirituales”).

La vida de Jesús, la práctica de su amistad misericordiosa y su misma enseñanza revelan estas preferencias. Los pobres, afligidos y oprimidos serán bienaventurados en su reino porque cuentan con la misericordia preferente de Dios (Lc 6,17-21); y los pecadores y extraviados son su primera preocupación (Lc 19,1-10, etc), pues él ha venido a buscar en primer lugar no a los “justos”, sino a los pecadores (Mt 9,13).

El amor fraterno y la fraternidad que éste constituye han de seguir, por nuestra parte, este mismo camino en sus preocupaciones y preferencias. Un signo y prueba de la calidad de la amistad que se tiene con Jesús es que el discípulo participa de esta misma misericordia, y que su compromiso fraterno se reviste de ella. El amor y la opción preferencial por los pobres y oprimidos, la preocupación primordial por los extraviados y pecadores verifican la autenticidad del amor fraterno —así como la universalidad de ese amor verifica que las preferencias de la misericordia estén inspiradas por el evangelio—. En el trabajo por una sociedad justa y fraterna, la universalidad y las opciones se condicionan y refuerzan mutuamente.

Al igual que sucede con la amistad que nos tiene Jesús, nuestro amor fraterno es un amor de misericordia. En Jesús, la misericordia hace

que su amistad sea solidaria y liberadora; y la amistad que nos tiene hace que su misericordia no nos abrume ni nos coloque en inferioridad. De modo semejante, también nosotros debemos unir la misericordia con la actitud de amistad fraterna. De ese modo nos libraremos de dos tentaciones de la caridad cristiana: el orgullo (fariseísmo) o el paternalismo; e, igualmente, la ineficacia del puro sentimentalismo o las meras buenas intenciones.

La actitud fraterna y amistosa, si no busca el bien mutuo por la práctica de la misericordia, hace a la fraternidad ineficaz como liberación de miserias y mutua solidaridad. Lo propio del amor cristiano es la eficacia; y ésta se logra por la práctica de la misericordia, a ejemplo de Jesús.

Por otra parte, la misericordia sin la actitud de hermandad o amistad corre el peligro de humillar al otro, de no respetarlo en toda su dignidad o de crear en “el que ayuda” sentimientos de superioridad. Saberse y sentirse hermano (o aun amigo) humaniza la misericordia y la hace humilde, y logra que las ayudas y solidaridades, incluyendo el apostolado —que es la forma más elevada de la misericordia—, creen lazos de amistad y fraternidad. El verdadero amor de misericordia no es dar sólo cosas, dinero, tiempo, doctrina o consejos. Es darse a uno mismo en hermandad a través de todo ello.

Toda solidaridad cristiana es una síntesis entre la fraternidad y la misericordia. Ello se verifica sobre todo en la misión apostólica.

9

El fruto de la amistad: la misión

Uno de los signos de madurez de la amistad humana es la colaboración en ideales y causas comunes. La tarea se facilita cuando los amigos encuentran áreas de interés o de trabajo afines; un fruto de esa amistad es hacer propios los objetivos e ideales del amigo.

Este signo de madurez, que se da en grados diversos y más o menos parcialmente en la amistad humana, es esencial en la amistad de Jesús. Un fruto necesario de la maduración de nuestra relación con él es compartir el ideal de su reino y colaborar en su misión por implantarlo.

Al elegir a sus apóstoles (Mc 3,13-19), Jesús los llama “a acompañarlo (a estar con él)”, que es una vocación a la amistad, y “a anunciar con él el reino de Dios”, que es una vocación a la misión apostólica. El discípulo se compromete a seguir a Cristo en la amistad y en la misión, inseparablemente. La misión es un fruto nece-

sario de la amistad; no es posible “estar con Jesús” sin identificarse con su tarea.

La misma unidad entre amistad y apostolado aparece en todos los demás relatos evangélicos en que Cristo llama o reitera su llamada a seguirlo. El discípulo es siempre un seguidor o amigo, y el seguidor y amigo es siempre un apóstol; el modo más excelente de seguir a Jesús es imitándolo en su misión. Al confirmar a Pedro en su vocación apostólica (Jn 21,15-19), Jesús ya resucitado se asegura primero de su amistad (“Pedro, ¿me amas más que éstos?”, ¿tienes una amistad especial por mí?); y, una vez asegurado, le confía la misión (“apacienta mis ovejas”) y le reitera la llamada al seguimiento, que envuelve todo lo demás (“y ahora sígueme”).

La misión es la culminación del mutuo afecto y confianza de Jesús con el discípulo y del discípulo con Jesús. Trabajar con y para Jesús es prueba y fruto de la lealtad del discípulo; y el hecho que Jesús llame a un hombre a compartir su misión es una enorme prueba de confianza y amistad. Jesús confía la marcha de su reino y de su redención a sus discípulos, reunidos en Iglesia; Jesús confía a estos discípulos su palabra, su cuerpo y su sangre, su gracia, el itinerario de la evangelización. Y ello es una muestra increíble de confianza y amistad.

La misericordia fraterna hecha misión

La misión es compartir con otros nuestra propia experiencia cristiana: es compartir gra-

tuitamente lo que nosotros hemos recibido gratuitamente: la amistad liberadora de Cristo.

Como experiencia espiritual, esta amistad tiene un dinamismo especial: está llamada a ser compartida, a hacerse lo más universal posible, a seguir el dinamismo del amor universal de Jesús. En la experiencia cristiana, hacerse amigo de Dios (la contemplación) y querer hacerse hermano de los demás compartiendo esta amistad (la misión) viene a ser lo mismo.

Esta verdad, esencial para entender tanto la contemplación cristiana como la misión, está simbolizada como parábola en el relato del encuentro de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4). En el relato, Jesús comienza por ofrecer su amistad a la mujer junto al pozo. El toma la iniciativa (“dame de beber”). Este encuentro de amistad sigue un proceso (simbolizado por el largo diálogo junto al pozo), proceso en el cual la mujer, simultáneamente, va siendo evangelizada: el diálogo sobre el “don de Dios” y el “agua viva” (la gracia liberadora), sobre la necesidad de cambiar de vida (“has tenido cinco maridos y el que tienes ahora tampoco es tu marido”), sobre la verdadera religión (“adorar a Dios en espíritu y en verdad”). Al final, se produce la conversión (“el Cristo soy yo, que hablo contigo”), que consolida el encuentro de amistad. Y este encuentro transforma a la mujer en misionera: “corre a su pueblo” a comunicar y compartir con otros su experiencia de Cristo, y se hace intermediaria entre Cristo y los demás.

hasta conseguir que Jesús mismo se revele a sus compañeros.

En el encuentro de Jesús con la samaritana, la amistad evangelizó a la mujer y la convirtió en misionera. El encuentro se realiza junto al pozo, que en el desierto es lugar privilegiado de encuentro y comunicación. Siguiendo la simbología del relato, el pozo simboliza la Iglesia. La Iglesia es el lugar privilegiado del encuentro con Jesús; es el lugar privilegiado de la evangelización y de la experiencia de la amistad. Y es, por lo mismo, el lugar privilegiado del envío misionero. El pozo de Jacob seguramente requería algunos arreglos exteriores, y tal vez su agua no era bien pura; pero sin ese pozo la samaritana no habría encontrado a Jesús.

Si la misión es compartir la amistad de Jesús, que ha tenido misericordia de nosotros y nos ha liberado, la misión lleva a los demás esta misma misericordia. La misión es la forma más eminente de la práctica de la misericordia fraterna; en ella se ofrece la liberación más radical de la miseria humana, la del mal moral y la del extravío de la ceguera.

Esta verdad es central en la enseñanza y la práctica misionera de Jesús; entre otros, aparece con especial nitidez en el relato evangélico de la multiplicación de los panes (Mc 6), que es el relato de la evangelización como misericordia. Una gran muchedumbre seguía a Jesús. De diversas maneras, eran gentes sometidas a la miseria y a la deshumanización: por enfermedades,

por posesión diabólica, por pobreza, por extravío moral y por toda suerte de pecados. “Eran como ovejas sin pastor. Y Jesús se movió a misericordia”. Su amor de amistad se expresa como predilección y misericordia allí donde la miseria es grande. Y esta amistad misericordiosa toma la forma de evangelización: “Jesús entonces se puso a enseñarles largamente”. Cristo les anuncia el reino, la conversión, la amistad que Dios les tiene, su dignidad; les muestra el camino para liberarse de la miseria moral. La amistad misericordiosa de Jesús se hace misionera y liberadora hasta el extremo de que procura liberar a esa gente de todas sus miserias, también las materiales: después de ofrecerles el evangelio que sacia el hambre de Dios y de plenitud humana, Jesús hará el milagro de la multiplicación para saciar el hambre de pan.

La misión es una liberación integral de las miserias humanas; es el fruto de la amistad y de la fraternidad habitadas por la misericordia.

La identidad de toda misión

La cuestión de la identidad cristiana en todas las formas de práctica misionera —desde las que conducen a la liberación eterna hasta las que liberan del hambre— ha sido desde siempre un punto de revisión en la espiritualidad de la Iglesia. Preguntarse sobre la identidad de la misión es preguntarse por su calidad evangélica, y so-

bre todo por sus motivaciones, pues ellas son las que generan esta calidad.

El hecho es de experiencia humana: lo que da el estilo, el modo y la calidad a una acción no es tanto su objetivo (un mismo objetivo puede alcanzarse de forma ética o aberrante), sino los motivos que la impulsan y la acompañan. Si las motivaciones son evangélicas, la calidad del compromiso lo será; si éstas son ambiguas, el compromiso será ambiguo en su identidad y calidad cristianas.

El cristianismo insiste mucho en la fuente de nuestros actos, aun en la práctica misionera, y en mantener vivas esa fuente y esas motivaciones, pues sabe que la acción humana fácilmente se corrompe en sus motivos, y por ello se desvirtúa. “Lo que mancha al hombre es lo que sale del interior del hombre” (Mt 15,10ss). En buena medida, la espiritualidad tiene que ver con la identidad cristiana de nuestras motivaciones; cómo hacerlas más evangélicas, cómo discernirlas y purificarlas, cómo alimentarlas y mantenerlas. Espiritualidad y misión son inseparables.

La misión y toda forma de servicio al hermano debe someterse al discernimiento del Espíritu para conservar su identidad evangélica —y con ello su eficacia de auténtica liberación: identidad evangélica y eficacia liberadora van juntas—. Este discernimiento es particularmente importante hoy día, por la marcada dimensión social de la misión y de la práctica de la misericordia. La opción preferencial por los pobres puede estar motivada por el evangelio o

también por motivos sociopolíticos, ideológicos o de desarrollo social —lo cual no tiene nada de malo, pero es insuficiente de cara a la calidad e identidad cristianas de la misión—. La sospecha de ambigüedad que podría haber en las motivaciones de militantes en esa línea de compromiso, que recae sobre su eficacia liberadora, requiere un discernimiento.

La tradición espiritual de la Iglesia es unánime para precisar el criterio esencial del discernimiento: el amor de amistad con Jesús, que es la motivación radical de la fraternidad y la misión. Algunos prefieren hablar de contemplación, o de fe viva, o de caridad teologal, que viene a ser lo mismo.

Ya hemos visto más atrás la unidad que establece Cristo entre su amistad y la misión (Mc 3,13-19; Jn 21,15ss; etc.), hasta el punto de que los apóstoles en la Iglesia primitiva identificaban la autenticidad de su misión con la experiencia de esa amistad. “Esto es lo que os proclamamos: lo que desde el principio hemos oído, hemos visto con nuestros ojos, hemos mirado y nuestras manos han tocado; hablamos de la palabra de vida” (1 Jn 1,1). La misión comienza cuando la amistad se hace experiencia de vida.

Para la espiritualidad cristiana, la experiencia de la amistad de Cristo es la que forja los verdaderos apóstoles; es la que mantiene la identidad y calidad de la misión y del servicio al hermano. Y así como en la oración es más im-

portante que la cantidad la calidad (la calidad de la mutua experiencia de amistad), en la misión también lo más importante no es la cantidad de actividad, sino su calidad (la experiencia de Cristo y de los valores del reino que ésta transmite).

Esta calidad, que inspira y acompaña a la misión, la libra, eventualmente, de las motivaciones egoístas, ambiguas o insuficientes con que permanentemente es tentada; tentaciones de “mesianismo”; de hacerse el protagonista, sustituyendo al Espíritu Santo; de construir su propio “reino”, posponiendo el de Dios; de apacentar “las ovejas” de Cristo como propias...

Esta calidad hace de la misión un compromiso constante y permanente, a pesar de las contradicciones y de la cruz, de los estados de ánimo y del desgaste. Esta calidad asegura la gratuidad de la misión, su permanencia esperanzada, a pesar del poco reconocimiento y gratificación que pueda encontrar. Esta calidad, sobre todo, consiste en el amor que se pone y transmite en la misión, que constituye su ser mismo. En último análisis, la misión es cuestión de “ser” antes que de “actuar”. “Ser” sacramentos de la misión de Cristo, que es el verdadero actor de la misión. “Ser” amigos de él, lo cual es garantía de la eficacia profunda de la misión, a pesar de las apariencias en contrario y a pesar de nuestras infidelidades a esa amistad. La amistad fiel y sin condiciones que Jesús entrega a sus discípulos y apóstoles implica la garantía de que, a pesar de todo esto, la eficacia de

la misión va mucho más allá de nuestras pobres capacidades humanas.

Así como la amistad de Jesús y el amor fraterno se condicionan y fecundan mutuamente, así también esta amistad y la misión crecen con su práctica recíproca. Ya hemos subrayado suficientemente cómo la amistad de Jesús hace fecunda y madura la misión. Lo contrario es igualmente verdadero: la práctica del apostolado, además de su eficacia propia de liberación integral, profundiza la amistad con Jesús. Así como al compartir una tarea e ideal común con un amigo, con las cruces y alegrías que conlleva, nos acercamos más a él, lo conocemos mejor y lo queremos más, de modo semejante al compartir la misma misión de Jesús el apóstol crece, a través de la práctica misma de su apostolado, en conocimiento, amor y seguimiento de Cristo.

Esta afirmación corresponde a la experiencia: la misión y la práctica del amor fraterno no son un desgaste de la espiritualidad, o momentos más débiles y ambiguos de la experiencia de Cristo, que más tarde habría que rehacer en los tiempos de oración. Por el contrario, la práctica misionera es en sí misma una fuente de crecimiento espiritual, de amistad y fraternidad. La acción es una dimensión de la espiritualidad cristiana, y no sólo su resultado.

La espiritualidad propia de los hombres de acción, del laicado, de los ministerios, y la espiritualidad apostólica y misionera en general se funda en esta experiencia. “Contemplativos en

la acción”, se decía desde antiguo. Todo se resume en la conocida enseñanza de Jesús (Mt 25,40): “Lo que hicisteis en favor de mis hermanos más pequeños conmigo lo hicisteis”. Como si dijera: la práctica de la misericordia, cuya expresión más alta es la misión, os hace cada vez más amigos míos.

10

La consumación de la amistad

La amistad del hombre con Jesús, en toda su riqueza y sus virtualidades fraternas y apostólicas, es siempre precaria durante la condición humana. Sometida al pecado, a la ceguera, a la seducción de los ídolos y a las infidelidades acumuladas, esta amistad se puede debilitar, eclipsar o aun perder. La amistad con Jesús en la tierra participa, por analogía, de la fragilidad de las amistades humanas, aun de las más profundas, que nunca están libres de distanciarse, de dañarse o de desvanecerse.

Pero Jesús nos ha prometido una amistad sin término (Jn 6,35-40; Ap 21,1-7). Lo que él nos ofrece es fiel, permanente y sin condiciones, a pesar de nosotros mismos. Esta promesa incluye que nuestra amistad hacia Jesús también llegará a un momento de plenitud y consumación en que ya no estará sometida a ninguna debilidad o amenaza y será permanentemente fiel. Esta consumación de la amistad se da en la vida después de la muerte; de igual modo, en la vida futura se consuma la fraternidad con los demás.

Esta plenitud de intimidad con Dios y de encuentro con los demás (en primer lugar, con nuestros amigos) es lo que satisface para siempre nuestro ser y nuestro destino, nuestro corazón siempre insatisfecho y nuestra búsqueda de felicidad siempre frustrada. “Lo que ojo nunca vio, ni oído oyó, ni hombre alguno ha imaginado lo que Dios ha preparado para los que le aman” (los que son sus amigos) (1 Cor 2,9).

El misterio de la vida eterna

No es fácil teorizar sobre la vida eterna. Más difícil aun es responder a la curiosidad de los creyentes sobre los “cómos” y “cuándo” que suceden a la muerte. Por una parte, el tema del encuentro con Dios en la muerte, de la vida futura y de la resurrección, tal vez sea el más crucial para nuestra fe. Quizá por el significado existencial del tema, que afecta a todos en lo íntimo del ser y en el sentido último de la vida, de la ética y de la muerte, ser consecuentes con la verdad de la vida eterna exige verdadera fe. Una de las “piedras de toque” del verdadero discípulo de Jesús es creer en el cielo y actuar en consecuencia. No es suficiente creer en Dios, en Jesucristo o en la Iglesia; hay religiones que creen en lo divino, en un ritual y en unas relaciones con Dios, pero no creen en una vida personal después de la muerte. En la práctica, la actitud ante lo que sucede con la muerte es la línea divisoria más decisiva entre un cristiano y un no cristiano.

Por otra parte, para hablar del más allá y de la consumación del hombre en la eternidad no tenemos analogías humanas que nos ayuden. Por el contrario, la imaginación, más que una ayuda es un estorbo. Las experiencias terrenas son de tal modo diferentes de la experiencia de la eternidad, que las comparaciones y analogías son absolutamente insuficientes.

Por de pronto, vivimos en el tiempo, y no podemos concebir la vida fuera del tiempo; tendemos a imaginar lo eterno como un tiempo interminable. Pero la eternidad de Dios de la que estamos llamados a participar no es tiempo; es algo diferente, para lo cual no tenemos analogía de comparación. Lo eterno no es tiempo interminable, es algo absolutamente total y simple; vivir en el tiempo es lo imperfecto, vivir en la eternidad es lo perfecto.

Igual nos sucede con la idea de lugar. No podemos imaginar el “ser” sino en un lugar; eso también forma parte de la limitación de lo creado. Así, tendemos a pensar el cielo, el infierno o el purgatorio como lugares. Y no es así. En la vida que sigue a la muerte no se dan “lugares” como los conocemos, sino otra cosa, sobre la cual no tenemos analogía. Preguntarse “dónde están” nuestros amigos muertos es vano. La Biblia nos dice que “están en Dios”, lo cual no podemos imaginarlo a partir de nuestra experiencia actual. El cielo y el infierno no son lugares, sino modos de existir y de amar (o de no amar). Igualmente el purgatorio, que es ya esencialmente el encuentro con Dios, que en

una persona insuficientemente purificada comienza por producir la pena y el dolor de la purificación por amor.

Por último, la misma idea de felicidad plena no la podemos entender por falta de términos de comparación. ¿Qué sabemos o qué hemos experimentado de la verdadera felicidad? Las experiencias terrenas de felicidad son tan limitadas, tan breves, tan frágiles y aun muchas veces tan ambiguas y engañosas... Realmente no sabemos lo que es la felicidad; e incluso cuando la buscamos (pues nuestro corazón está hecho para ella), a menudo nos equivocamos.

La muerte como nuestra pascua personal

La consumación de la amistad con Dios en la eternidad es el último acto de la espiritualidad cristiana tal como la conocemos. Por ello conserva la naturaleza pascual del camino espiritual: morir al mal para vivir para Dios. Sólo que por lo decisivo que es pasar de este mundo al Padre, en el momento de la muerte la experiencia pascual es "real", al modo de Cristo mismo, y no sólo espiritual. Durante nuestra vida mortal "morimos para renacer" de modo místico, dejando el mal por el bien. Al entrar en la eternidad imitaremos a Cristo "literalmente", y no sólo místicamente: moriremos físicamente para resucitar físicamente a la plenitud de la vida.

Por eso el hecho de la muerte es una parado-

ja. De un lado nos abre a la esperanza y nos introduce en la vida verdadera; la muerte es el encuentro irreversible con el amigo, cara a cara; la muerte nos arroja en la misericordia del Padre y nos identifica con su plenitud y felicidad. En este encuentro que consuma nuestra amistad con Jesús se consuman igualmente nuestras amistades humanas y nuestro amor fraterno. Por el hecho de la resurrección, nuestro cuerpo, nuestra historia y nuestra realidad se proyectan en la vida después de la muerte, y recuperaremos, transfiguradas, nuestras relaciones de amistad y de familia y fraternidad. Así como Cristo resucitado, que es hoy el objeto de nuestra fe, contiene toda la riqueza del Cristo histórico, Jesús de Nazaret, así también nosotros al resucitar después de la muerte conservamos, purificadas, la riqueza de nuestra historia y relaciones humanas.

De otro lado, la muerte es un drama y una agonía. Aunque vivimos en la esperanza, lloramos a los muertos, como Jesús lloró a Lázaro. La muerte será siempre dolorosa, porque es el hecho más radical de nuestra purificación y muerte pascual; como es dolorosa toda muerte mística al pecado y al "hombre viejo".

En este mismo sentido, la muerte y su circunstancia de drama, soledad y destrucción de nuestras relaciones y aspiraciones terrenas es la supremía purificación de nuestro ser y de nuestro amor, la última preparación providencial para la consumación de nuestra amistad. Si la muerte no fuera también una purificación pas-

cual, la más decisiva de nuestra historia, las largas agonías aparentemente sin sentido y la prolongación aparentemente inútil de la vejez no tendrían explicación humana. Pero si la ancianidad y las enfermedades y agonías prolongadas (que son una manera de morir poco a poco) participan de la purificación pascual de la muerte, entonces tienen sentido como preparación al encuentro definitivo con la amistad de Dios.

La Iglesia como anticipación de la vida futura

La consumación de la amistad en la vida futura es igualmente la consumación del reino de Dios; ese reino que vino con Jesús y que él anunció y promovió como el objeto central de su misión. Un reino que ya se inicia en la tierra, dentro de nosotros, por la amistad divina; y en las sociedades y relaciones humanas, por la fraternidad, la justicia y la misericordia; un reino que, sin embargo, se espera como promesa, pues sus realizaciones en la tierra son siempre precarias y sólo alcanzarán su plenitud y consumación en la vida futura.

El reino definitivo de la amistad con Jesús y la comunión fraterna se anticipa en la tierra de muchas maneras, pero sólo una de ellas anticipa la plenitud del reino al modo del mismo Cristo, ofreciendo las riquezas del reino y la experiencia de la amistad divina como si fuera Je-

sús viviendo entre nosotros. Se trata de la Iglesia. La Iglesia es el sacramento del reino de Dios, que ya en esta vida nos anticipa, en la semioscuridad de la fe, la plenitud de la vida futura.

La Iglesia ofrece la anticipación de la amistad de fraternidad consumada. La Iglesia es el lugar de la experiencia de Jesús y su amistad con la máxima autenticidad e intensidad que se pueda dar en la tierra. La palabra auténtica de Jesús, el sacrificio de Jesús y su cuerpo y su sangre para que tengamos vida y amistad para siempre, el encuentro con la humanidad de Jesús en los sacramentos, sólo lo encontramos en la Iglesia. La exigencia liberadora del amor fraterno y de la liberación del mal, que verifica la amistad de Jesús, se nos dan en la Iglesia. Y de una manera muy real, aunque en claroscuro, en el conjunto de estas experiencias la Iglesia nos anticipa el sabor de la vida futura y de la amistad consumada.

La Iglesia es el sacramento de la amistad divina. Por eso es un misterio. Nos ofrece esta amistad envuelta en instrumentos e instituciones humanas, en comunidades imperfectas, a través de los labios y gestos de hombres sometidos a las pasiones y al pecado. La "humanidad" de la Iglesia, tan necesaria para que lo divino se nos haga asequible y la vida eterna de Jesús se haga histórica y se ofrezca a cada uno de nosotros, puede también oscurecer e impedir la aceptación de la amistad divina que contiene. Como toda manifestación de Dios en la historia, la

Iglesia es luz y vida envueltas en la ambigüedad de lo humano. Aun en el caso de que la Iglesia fuera humanamente perfecta, por el solo hecho de ser “humana” sería un motivo de desconcierto y de escándalo. La humanidad de la Iglesia es un misterio.

Como la humanidad de Jesús es un misterio. Esta humanidad era el lugar y el sacramento de su divinidad; pero a pesar de ser moralmente perfecta, por el hecho de estar la divinidad de Cristo sometida a la condición humana, la humanidad de Jesús era para muchos “piedra de escándalo” y motivo o excusa para no creer. Jesús de Nazaret era un misterio; el misterio de la amistad de Dios asequible a nosotros.

Envuelta en este misterio, la Iglesia nos va comunicando la vida futura a través del itinerario de nuestra vida mortal. Desde el agua del bautismo hasta los ritos de la muerte, la Iglesia madre nos engendra a la amistad de Dios y a la fraternidad y nos acompaña hasta su consumación más allá de la muerte. La amistad “que enjugará toda lágrima, porque ya no existirá ni muerte, ni duelo, ni gemidos, ni penas, porque todo lo anterior habrá pasado... Y al que tenga sed le dará gratuitamente del manantial del agua de la vida... Y será Dios para él y él será para Dios un hijo” y un amigo (Ap 21,4.6.7).

Conclusión

Si la raíz de la religión cristiana es la amistad de Dios, todos sus aspectos y riqueza pueden ser abordados bajo esa luz. La Biblia es un libro de amistad; un conjunto de cartas escritas por el amigo a los amigos. La Virgen María es el tipo de la consumación de la amistad ya en la tierra, y los santos son los amigos de Dios por excelencia, que pueden ser nuestros amigos y compañeros de ruta desde el cielo. Y así sucesivamente.

Soy consciente, por lo mismo, que este ensayo no agota ni siquiera los principales aspectos del tema y de no haber tratado explícitamente todos sus puntos importantes. Ello hubiera significado escribir un volumen de tal longitud que hubiera sobrepasado el objetivo que me propuse: hacer un trabajo breve y, por lo tanto, asequible a muchos, que integrara lo más esencial de la tradición mística del cristianismo en la experiencia de la amistad de Dios.

Esta experiencia no tiene límite ni fondo y es capaz de reinterpretar todas las experiencias humanas, aun las inéditas. Cualquier ensayo de analizarla quedará siempre incompleto, pues, al final de todo, la amistad de Dios es el horizonte de nuestra vida.

Indice

	<u>Pág.</u>
Prefacio	5
1. La amistad como símbolo del amor de Dios	9
Lo humano nos encamina a lo di- vino	10
El símbolo de la amistad	11
Los rasgos reveladores de la amistad.	13
2. La amistad en la vida de Jesús	19
Su llamada a la amistad	23
3. La espiritualidad como amistad con Jesús	27
De Jesús a la Trinidad	28
La experiencia de los místicos	31
4. El camino de la amistad: la oración	35
“Tratar de amistad...”	36
“...estando muchas veces a solas...”	38
“...con quien sabemos nos ama”	39
Espíritu y método	40
“En vasos de barro”	44
5. La purificación de la amistad	47
La conversión permanente	48
“El amor que mata”	50
La iluminación de la amistad	53

6.	La amistad como encuentro: los sacramentos.....	57
7.	El radicalismo de la amistad	63
	El matrimonio como amistad radical.	64
	El radicalismo del celibato	65
	El radicalismo de la pobreza.....	68
8.	La prueba de la amistad: el amor fraterno	71
	Los dos amores que se verifican mutuamente	72
	Amistad y misericordia.....	75
9.	El fruto de la amistad: la misión...	81
	La misericordia fraterna hecha misión.....	82
	La identidad de toda misión.....	85
10.	La consumación de la amistad.....	91
	El misterio de la vida eterna.....	92
	La muerte como nuestra pascua personal.....	94
	La Iglesia como anticipación de la vida futura.....	96
	Conclusión.....	99